

La violencia policial en los márgenes del Estado

Conflictos y violación a los Derechos Humanos en el barrio Marconi de Montevideo*

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

Introducción

El trabajo que aquí presentamos está atravesado por un eje central constituido por el concepto de violencia, el cual nos propusimos abordarlo a través de un enfoque etnográfico, pensándolo siempre desde el vínculo micro-macro. Esta investigación nunca tuvo por

* Agradecimientos: Para poder ingresar a terreno y comenzar a establecer vínculos allí, algunas personas confiaron en nosotros y nos brindaron contactos de gente del barrio, sobre todo familia y amigos que conocían personas que trabajaban en el territorio. Sin su ayuda no hubiésemos podido comenzar esas vinculaciones, y a ellos y ellas va nuestro agradecimiento. En esa cadena de contactos, llegamos a quienes hasta el día de hoy han tenido una gran apertura con nosotros y han sido nuestro gran apoyo en este camino: las trabajadoras sociales del Centro Comunal 11, y referentes del barrio. También queremos agradecer profundamente a la Escuela de Oficios Don Bosco, a su coordinadora, a su equipo de dirección, a las organizaciones sociales, a la coordinadora del Club de niños “Centro abierto Padre Cacho”, al Alcalde del Municipio D, y sobre todo a vecinas y vecinos, a habitantes de la zona que han querido hablar con nosotros o salir de recorrida. A Alejandro, vecino y referente de la zona, con quien seguimos en contacto permanente y a los y las “informantes calificados” (técnicos, profesionales, políticos, etc.) que han tenido una presencia continua y constante en dicha zona y sus miradas también son muy importantes para este trabajo.

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

objetivo principal preguntarse la procedencia de esa violencia. Identificamos la violencia policial como asunto clave de este proyecto, pero enfocamos nuestros esfuerzos en comprender cómo en las cotidianidades de las personas del barrio Marconi lo externo y lo interno se retroalimentan y resignifican uno al otro y cómo esto nos lleva a considerarlos inseparables. En este sentido, cualquier intento de examen detallado de la marginalidad o la pobreza, ejes o dimensiones que consideramos también transversalizan esta investigación, puede de cierta forma generar dificultades dentro de las “políticas de la representación”, sobre todo en esta coyuntura actual donde hay una polarización en los debates en torno a la marginalidad, la pobreza, la seguridad, la violencia, basados en estereotipos y estigmas vinculados al nivel socioeconómico, al lugar de residencia, a la estética adoptada, al rango etario y a los méritos individuales.

Nuestro posicionamiento con respecto al planteamiento de la problemática elegida es, primero que nada, un posicionamiento político, la realidad social que queremos comprender, abordada teórica y metodológicamente desde donde decidimos hacerlo, se enmarca entonces en una concepción política, dado que la teoría tiene explícita una concepción política de la realidad y por ende esto influye en la actividad investigativa (Wolin, 1969; Marradi, 2018). Esto implica que hemos asumido este trabajo con una impronta crítica, comprometida y colaborativa con el barrio, entendiendo que nosotros, quienes estamos a cargo de esta investigación, venimos “de afuera” –pertenecemos a categorías dominantes de clase, etnia– a comprender las experiencias de las y los habitantes del barrio.

Queremos destacar que esta investigación emplea el método y el enfoque etnográfico, y busca comprender, desde la perspectiva de los miembros del barrio, sus vínculos, relaciones y percepciones sobre la policía y sus experiencias sobre la violencia policial. Por ende, aquí el lector no va a encontrar tendencias de forma predictiva con respecto a aspectos o fenómenos dentro de la realidad social abordada. Porque concebimos que no es la forma en que las ciencias sociales deberían proponerse comprender fenómenos de esta densidad y

complejidad, que tienen dinámicas perversas, que generan sufrimiento social en la vida de las personas. La etnografía busca salirse de esas posturas predictivas y pararse en posturas comprensivas, colaborativas y empáticas, que permitan a través de los relatos brindados por las personas del barrio, que son quienes viven y sobreviven los hechos de violencia de forma cotidiana, llegar a una mejor comprensión de la problemática propuesta.

Hay una reflexión que Kapuscinski realiza en su libro *Los cínicos no sirven para este oficio* y es apropiada traerla a colación, porque marca un poco el camino que decidimos tomar, con la “convicción de que para tener derecho a explicar, se tiene que tener un conocimiento directo, físico, emotivo, olfativo, sin filtros ni escudos protectores, sobre aquello de lo que se habla” (2002, p. 53).

Este trabajo nos situó en un lugar de gran responsabilidad como científicos sociales: nuestra mayor preocupación fue que las observaciones y los relatos que durante estos ocho meses de trabajo de campo relevamos, y aquí aparecen, no estereotiparan ni estigmatizaran al barrio y a sus pobladores. Muchas veces hemos debatido dentro del equipo de investigación¹ sobre algunos conceptos que nos propusimos utilizar, y el poder que tienen para delimitar y fijar realidades tan complejas, que no las hacen del todo inteligibles tal como las observamos, pero sobre todo que no representan a veces cómo los propios sujetos las viven y las sienten.

Estos meses de trabajo de campo en el barrio Marconi de la ciudad de Montevideo, nos marcaron profundamente. Logramos establecer vínculos con algunas personas, tocar sus fibras más íntimas en entrevistas donde nos compartían sus miedos, anhelos y esperanzas, logramos observar el trabajo incansable que las instituciones y organizaciones sociales realizan con la población del barrio. Nosotros fuimos interpelados permanentemente, sobre las formas en que

¹ El equipo de investigación estuvo integrado por Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni. En la primera etapa del trabajo, Matilde López realizó algunas entrevistas a informantes calificados, y luego, por motivos personales y ajenos al equipo, debió desvincularse del proyecto.

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

íbamos a conducir esta investigación, cómo nos posicionábamos en el terreno, para qué íbamos a utilizar lo relevado. A través de este quehacer etnográfico, queremos cambiar las formas de mirar, de observar, pero sobre todo las formas de relacionamiento que tiene la academia con los sujetos con quienes va a trabajar.

En estas páginas encontrarán inicialmente un marco teórico, que brevemente encuadra algunas posturas que guiaron esta investigación, seguido por las decisiones metodológicas de cómo abordamos la problemática. Luego nos adentramos en las secciones de análisis, donde realizamos al comienzo un relato acerca de la ubicación del barrio y cuáles son sus características según la mirada de sus propios miembros. Mientras que, en los siguientes apartados, analizamos, siempre desde la mirada y el relato de sus pobladores, sus cotidianidades y las dinámicas de violencia que se dan en el territorio, entre ellas el papel de la policía. Esto nos lleva al último apartado del análisis, donde abordamos espacios, representaciones, subjetividades y emociones. Al finalizar esa sección, encontrarán las conclusiones y luego un apartado que contiene algunas sugerencias en torno a los lineamientos para la acción en base a insumos y recomendaciones para las políticas públicas en la temática investigada.

Perspectivas teóricas y metodológicas

El Estado en los márgenes y las representaciones sobre las violencias

Cuando se observan las interacciones entre las personas que habitan un barrio periférico y la policía (o los distintos cuerpos policiales que intervienen sobre esos espacios), se pretende también reflexionar sobre las relaciones más generales entre la sociedad y el Estado. Comprender las dinámicas sociales locales es un esfuerzo que conlleva muchos desafíos. El más relevante de ellos es no asumir en plenitud que la vida social en esos márgenes tiene una densidad propia y presenta unos nudos de complejidad que deben ser desentrañados con

rigor. El análisis social suele caer en perspectivas homogeneizantes, encuadradas bajo la noción de subculturas, que producen un imaginario criminal amenazador que deriva tanto en lecturas moralizantes (“los buenos y los malos pobres”), como en enfoques que niegan la capacidad de agencia de las personas por el peso determinante que adquieren las experiencias de la precariedad.

Las interpretaciones sobre el Estado también ostentan sus riesgos. Una organización compleja, ambivalente, heterogénea, ausente y presente a un tiempo, que se comporta en cada lugar de una manera determinada, el Estado opera como un “campo” con una enorme capacidad para modelar las relaciones y expectativas sociales (Bourdieu, 2015). Es importante eludir las implicancias de los enfoques normativos que ven en el Estado un cuerpo que crea y hace cumplir la ley. Esto vale especialmente a la hora de visualizar a la policía como una entidad técnica y neutra cuya misión esencial es garantizar y proteger los derechos de todas las personas. El análisis del comportamiento del Estado no puede ser equivalente a sus postulados más abstractos o a los discursos políticos encargados de su legitimación. La distancia entre lo que el Estado dice que hay que hacer y lo que efectivamente ocurre en términos de prácticas concretas es una de las claves más importantes para el análisis social.

A partir de estos puntos ciegos, presentes en las perspectivas políticas y sociales dominantes, pretendemos trazar un camino propio para el despliegue de nuestro enfoque. Partimos de las visiones generales sobre los problemas de convivencia en los territorios más vulnerables, y aspiramos a dar un paso más para enfocarnos en las relaciones tensas, contradictorias, asimétricas y situadas entre las personas que habitan esos barrios y la policía. El asunto decisivo será lo que esas personas piensan, sienten y vivencian sobre la policía, y cómo esas dinámicas de representaciones y acciones terminan configurando un orden de realidad.

Para que este propósito tenga sustento teórico e investigativo hay que poder partir de la singularidad de lo social, o mejor será decir, de la densidad social de esos barrios. En ese sentido, hay tres

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

dimensiones que son ineludibles: la primera de ellas se vincula con los lazos de solidaridad, en particular con las relaciones de parentesco y de vecinazgo (Filardo y Merklen, 2019). Sin ese anclaje, las claves más profundas de las manifestaciones de violencia y del involucramiento en redes delictivas quedan desdibujadas. La segunda dimensión se articula con las presencias y ausencias de distintos tipos de instituciones y organizaciones en el territorio. Actores públicos y sociales pueden configurar sus arraigos con diversas intensidades y estrategias, dependiendo de las demandas, de las coyunturas y de la historicidad de esos vínculos. La última dimensión refiere a las formas de organización colectiva que han sido capaces de construir con el tiempo las personas que habitan el lugar, tanto para reflejar los impulsos comunitarios como para canalizar demandas o prácticas de resistencias frente a los poderes estatales.

En definitiva, no es tarea sencilla captar el funcionamiento de un barrio y evaluar la gravitación de los capitales sociales que sostienen las tramas relacionales. Como se ha señalado en un estudio sobre la vida cotidiana en los barrios populares de Montevideo, lo que predominan son formas de solidaridad gobernadas por el principio de la reciprocidad o las lógicas horizontales del intercambio (Filardo y Merklen, 2019). Y, en ese contexto, hay un conjunto de marcadores que singularizan las realidades barriales. El más evidente es la debilidad del mundo del trabajo, el peso de la economía informal y el despliegue de todo tipo de estrategias de supervivencia. Esta desigualdad económica, que muchas veces se quiere diluir bajo los argumentos de las diferencias culturales o subculturales, es la base fundante de la precariedad. Otro rasgo relevante es la importancia de los servicios públicos para la vida cotidiana de las personas y el efecto estabilizador de la presencia de las instituciones en el territorio (especialmente, el rol que juegan las escuelas y los centros educativos). Aun así, y más allá de esta intensidad estabilizadora, el tiempo de la pobreza se mide por generaciones y las representaciones de las personas no son capaces de imaginar un cambio relevante de situación (Ibidem). Sobre este trasfondo histórico y social, hay que situar

las interacciones entre los habitantes de los barrios y la policía (en tanto una de las presencias más relevantes del Estado).

Uno de los mayores desafíos para esta propuesta de investigación es ubicar las complejas relaciones entre la precariedad socioeconómica y las distintas formas de violencia. Debe quedar claro que no sostenemos que haya una relación inherente entre violencia y marginalidad urbana. Lo que sí sostenemos es que las situaciones de exclusión social generan prácticas sociales que le son propias, que a su vez refuerzan las trayectorias de exclusión. Así se escenifican diversas formas de criminalidad, y en especial aquellas redes de ilegalidad que generan importantes rentas desacopladas –aunque no totalmente divorciadas– del trabajo formal tradicional. La violencia pasa a ser una estrategia de obtención de recursos y de gestión de capitales precarios, tales como los ingresos económicos, el reconocimiento y el respeto, y el desarrollo de destrezas asociadas al saber hacer violento. En cualquier caso, la violencia es un medio eficaz para generar ingresos asociados al territorio. Pero también la violencia tiene un fin eminentemente expresivo: como sujetos, como adultos y como varones hay aquí un estatus fuertemente amenazado, y en estos contextos la violencia opera como compensación y reversión, ya que se exige respeto pero no se lo concede, al tiempo que las relaciones sociales se vuelven más rígidas y se encierran en lógicas locales y territoriales. En definitiva, en medio de estos vínculos precarios, la violencia se aprende como una destreza para ser utilizada con fines de sobrevivencia (Antillano, 2018).

Las experiencias de injusticia se canalizan a través de los desvíos, los delitos, las violencias y las ilegalidades compensatorias, y casi siempre lo hacen muy lejos de cualquier demanda política, aunque no por eso se pierde la esencia de una experiencia de injusticia. Esta circunstancia hace mucho más compleja la comprensión entre la desigualdad y la violencia en nuestras sociedades. Y más compleja se hace todavía cuando hay que ubicar en ese escenario las distintas formas de penetración estatal. En esos espacios, el Estado se transforma en una organización profundamente ambivalente, que tanto

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

hace cumplir la ley como la vulnera. Loïc Wacquant (2008) ha manifestado la necesidad de estudiar en profundidad las relaciones que el Estado establece en los espacios vulnerables de la sociedad, los vínculos cambiantes y dinámicos entre los habitantes de un lugar y los diferentes tipos de funcionarios y agencias estatales.

En efecto, si bien no será el centro de esta investigación, es fundamental poder comprender las lógicas profundas del trabajo de la policía, sobre todo sus líneas de comportamiento en el territorio donde nos ubicaremos. La policía es una institución pública, especializada y profesional, encargada del despliegue de un sistema de vigilancia que se complementa con la eventualidad del uso de la fuerza y la capacidad de aplicar sanciones (o de reunir elementos para que otros actores lo hagan) (Bayley, 2010). Como parte del Estado, la policía administra más la coerción que el consenso, y bajo un complejo mecanismo de socialización institucional tramita los peligros, el ejercicio de autoridad y la búsqueda de resultados (Reiner, 2010). Mediante el control, el patrullaje, la intervención reactiva a demanda y la investigación, la penetración de la policía en los barrios populares supone la tensión entre la estigmatización criminalizante y la búsqueda de protección para las personas más expuestas a los delitos.

Para entender estas dinámicas hay que tomar en cuenta, simultáneamente, la tradición organizativa de las fuerzas del orden, sus exigencias institucionales, los perfiles socioeconómicos de sus funcionarios, las representaciones predominantes sobre el sentido del trabajo policial, las propias coyunturas políticas, etc. Allí hay que ubicar los prejuicios y las prácticas discriminatorias hacia las personas pobres, procurando valorar el juego de variables que inciden en esas interacciones, por ejemplo, las características específicas de los lugares (la historicidad de esos vínculos), las demandas insatisfechas de reconocimiento y respeto, y los propósitos institucionales de eficacia dentro de ciertos paradigmas de actuación.

La investigación que se presenta en estas páginas analiza cómo las personas de los barrios más vulnerables viven y piensan a la policía, y qué implicancias pueden tener los vaivenes de su presencia y

ausencia. Pondremos el foco en las interacciones entre los habitantes de un barrio y la policía para entender qué hace y deja de hacer una parte del Estado y bajo qué forma se vigilan los barrios populares. Procuraremos entender cómo la acción de las fuerzas del orden se despliega sobre lugares que ya concentran importantes niveles de violencia, analizando cómo incide esa acción en la subjetividad de las personas y en la reproducción de esa violencia (Auyero y Sobering, 2021).

Las formas de patrullaje, los allanamientos, los puntos de control, las detenciones, los cacheos, etc., pasan a ser recursos institucionales que se utilizan estratégicamente en los lugares según los momentos, las circunstancias y las correlaciones de fuerza a nivel local. La violencia policial tiene una clara definición contextual que debe ser reconstruida desde sus prácticas y desde la perspectiva de los habitantes. Por lo tanto, esta propuesta no supone el estudio de un barrio o el análisis institucional de la policía, sino las relaciones de conflicto y cooperación que emergen de la penetración policial en espacios de precariedad, aunque para poder llegar a ello sea necesario conocer la configuración de las fuerzas policiales del país y los rasgos más sobresalientes de ese entramado barrial. Este punto nos parece crucial para entender las formas de producción y reproducción de la violación de los derechos humanos y de la obturación de los mecanismos de construcción de ciudadanía.²

En este estudio recorreremos un primer nivel de visibilidad de esos vínculos, conscientes de que el fenómeno esconde otras profundidades. Desentrañar las relaciones –violentas o no– entre los habitantes de los barrios pobres y la policía es un auténtico desafío. Una parte muy importante de los resultados dependerá de quién hable, si es que puede hablar completamente. Entre el riesgo de la generalización, con sus correspondientes sesgos (sobre todo, cuando hablan los

² Este objetivo puede perseguirse a través de caminos distintos a los que hemos elegido para esta investigación: por ejemplo, las interacciones pueden entenderse desde la perspectiva de los propios policías, reconstruyendo tanto sus puntos de vista (discursos) como sus prácticas concretas (Fassin, 2016).

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

adultos más integrados a las redes barriales), y la singularización de opiniones infinitas, el estudio de las representaciones y los registros observacionales tienen que poder dar cuenta de la inestabilidad, la ambigüedad, la inseguridad radical, la imposibilidad, etc., del mundo de la vida de esas personas. A través del estudio de esos vínculos consideramos que podremos analizar la vivencia de los estigmas, la profundidad de la desconfianza, el sentimiento de ajenidad institucional, las formas subterráneas de sobrevivencia, las subjetividades reprimidas, los niveles de legitimidad de un orden social y político, y las formas de resistir las dominantes prácticas abusivas.

Estos hallazgos nos permitirán situar las discusiones sobre el comportamiento del Estado en los territorios más vulnerables. Las formas de penetración policial en esos espacios suelen estar distinguidas por tres niveles de análisis. El primero de ellos se vincula con lo que el Estado ejecuta para hacer cumplir la ley. Todo aquello que tiene habilitación legal y densidad institucional se traduce en dispositivos que operan cotidianamente en la sociedad. Las distintas formas de policiamiento, la política criminal, el sistema de justicia penal y las instituciones penitenciarias son los recursos esenciales para controlar y sancionar los comportamientos violatorios de las normas consagradas. En el sentido común, el funcionamiento de esos dispositivos se asimila a la idea del cumplimiento y aplicación de la ley. Qué hace el Estado para conjurar y sancionar el delito, en particular en los espacios sociales más vulnerables, es objeto de amplia discusión, pues muchas de sus estrategias más legitimadas lejos de lograr impactar sobre las tasas de criminalidad tienen efectos que agravan los problemas de fondo. Cómo perciben y elaboran los habitantes de los barrios el lugar de la policía y sus niveles de eficacia será uno de los temas que se abordarán en la presente investigación.

El segundo nivel de análisis está orientado a describir y comprender los comportamientos violentos de la policía: hostigamiento, humillaciones, brutalidad, formas extrajudiciales de castigos habilitadas por los discursos de la seguridad y las políticas de “guerra a las drogas” son dimensiones muy estudiadas en distintos países de

América Latina. Sobre la base de las múltiples referencias que existen en la región sobre la violencia policial (Frederic, et al., 2013; Glanc y Glanc 2013; Garriga Zucal, 2016; Melotto, 2013), pretendemos entender cómo operan los procesos de estigmatización social y protección legal de las prácticas violentas desde la perspectiva de los habitantes. La mayoría de las veces esta violencia excedentaria no deja huellas físicas, es selectiva y está focalizada en ciertas categorías de individuos y territorios, y es banalizada y naturalizada. En estos casos, predomina el silencio político y la indiferencia pública, pero también el silencio de quienes más la sufren. En otras ocasiones, la crueldad hacia la alteridad se hace más evidente, aunque nada garantiza otro tipo de reacción pública. A la larga, estas prácticas también son decisivas para profundizar las desigualdades sociales.

El último nivel de análisis se ubica en un plano todavía más escondido. Se trata de aquellas prácticas de corrupción policial o de colusión entre algunos funcionarios y las organizaciones criminales que operan territorialmente. Nos enfrentamos aquí al desafío de observar el alcance de un orden clandestino. Si bien en la región hay ejemplos de investigaciones recientes sobre estos asuntos (Auyero y Sobering, 2021), lejos estamos de pretender adentrarnos en este nivel de análisis. Lo mencionamos en esta oportunidad por su relevancia real, y de la presente investigación a lo sumo podrán salir algunas pistas muy débiles para entrever su significación, sobre todo a partir de la información que los propios habitantes de los barrios hacen circular.

¿Qué relación de continuidad existe entre estos tres niveles de análisis? ¿La policía es solo una institución encargada de hacer cumplir la ley, o también impone un orden social y obstaculiza el desarrollo social en los espacios más vulnerables? Los componentes subjetivos y emocionales de estas interacciones nos ayudarán a comprender la consistencia y la durabilidad de ese orden, y aportarán insumos de valor a la hora de analizar la complejidad de las respuestas políticas, para pensar otras lógicas de integración social que disminuyan las violencias arraigadas.

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

Forma de abordaje. Las cotidianidades y la violencia como desafíos de investigación

Al plantearnos abordar la violencia policial en el Marconi, no fue aleatoria la elección del barrio, ni el planteo de la problemática en sí misma. Este territorio, históricamente, ha estado caracterizado por la existencia de distintos tipos de violencia, y llegar a comprender las experiencias y las dinámicas cotidianas de sus habitantes en torno a esto fue nuestro principal cometido. El eje central que consideramos atravesó este trabajo es el constituido por la violencia o las violencias estatales, en particular a través de la policía, el cual nos propusimos abordarlo desde un enfoque etnográfico, entendiendo que, para comprender dinámicas micro, debemos en relación dialógica y dialéctica vincularlas con lo macro, no podemos ver una sin la otra.

Para esto, la decisión de realizar una etnografía fue fundamental, dado que nuestra intención era poder llegar a observar y comprender el modo en que lo externo se vincula con lo interno, las vivencias personales con las dimensiones macro. Nuestros esfuerzos siempre estuvieron centrados en comprender cómo en lo cotidiano, en la vida de todos los días, de las y los habitantes y trabajadores del barrio Marconi se da la interlocución entre la violencia policial y la dinámica barrial, es decir, lo externo y lo interno se retroalimentan y resignifican uno al otro y cómo esto nos lleva a considerarlos inseparables.

Desde que ingresamos al barrio, enfrentamos algunas dificultades para establecer vínculos con aquellos interlocutores que no pertenecían únicamente al ámbito de las organizaciones sociales o instituciones del Estado. Sabíamos que ingresábamos a un barrio donde la propia academia había arribado desde el intervencionismo y el extractivismo, para luego generar en quienes trabajan allí o quienes lo habitan el sentimiento de que las ciencias sociales no han sido contributivas, en ningún aspecto, para con dicha comunidad.

Es por este motivo, entre otros, que nos planteamos realizar una etnografía, dado que nuestro objetivo siempre fue introducirnos en

las experiencias, vivencias y cotidianidades de habitantes y trabajadores del lugar y transmitirlas, es decir, transmitir desde sus propias perspectivas, desde sus formas de ver el barrio, desde sus formas de pensar y de pensarse en su lugar y en la sociedad, desde su relación con los “otros”, incluso desde su relación con nosotros como investigadores y no habitantes del barrio.

Son varios los desafíos que se nos presentaron a lo largo del trabajo de campo, el cual no damos por finalizado aún. Primero que nada, nunca estuvimos afines de que nuestra presencia en el territorio radicara en el vulgar *voyeurismo*, si no que la ruta construida para el ingreso y la permanencia en terreno se realizó de forma gradual y en plena interlocución con nuestros informantes asentados allí. En este sentido, asumimos nuestra presencia en el barrio desde una actitud crítica sí, pero intentamos posicionarnos desde un lugar comprometido y respetuoso para poder observar las cotidianidades y acercarnos a intentar comprender las violencias que atraviesan la vida de los y las habitantes y trabajadores del Marconi.

Hay desafíos marcados que se presentan al realizar una etnografía, tanto teóricos como metodológicos, y esto último involucra el aspecto de cómo nosotros nos fuimos posicionando en el barrio, ya que lo que buscamos e intentamos lograr fue generar cercanía, descubrir quiénes eran esos habitantes, qué sentían y vivían diariamente. Y ese aún sigue siendo el desafío mayor.

La realización de la etnografía implica un arduo trabajo de campo. Eso ha sido así desde la antropología más clásica y los escritos de Malinowski o Levi Strauss, hasta los trabajos más contemporáneos, como el de Loïc Wacquant titulado *Contra las cuerdas*, sobre los boxeadores en un gimnasio de un gueto negro en la ciudad de Chicago, entre otra cantidad de posibles referencias. Todas implican involucramiento, introducirse en las experiencias de los “otros”, esto nos llevó a una inmersión a largo plazo en el barrio, donde estuvimos casi ocho meses en el terreno, con sus idas y venidas, en ese movimiento pendular que tiene la etnografía. Muchas experiencias estuvieron marcadas por eventos de violencia que fueron dolorosos

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

para el barrio, y que significaron un repliegue tanto de sus habitantes como de nuestra presencia en él.

Otro gran desafío marcado por la realización de la etnografía es la escritura. Como nos enseña Clifford Geertz, el texto etnográfico no es una mera descripción, sino que es una “descripción densa”, ese concepto acuñado por Geertz (2003) que no fue en vano. Para el autor, lo que definía el quehacer etnográfico no eran únicamente las actividades desplegadas en terreno, ni el diálogo con los interlocutores, ni el registro en el diario de campo, aunque eso sea una parte fundamental para llegar a lo otro, si no el tipo de trabajo y esfuerzo intelectual que la etnografía implicaba, lo que él denomina como “descripción densa”. Esta tarea se asemeja a la interpretación de segundo orden detallada por el constructivismo (Berger y Luckman, 1995) y hasta de tercer orden, como señalaría Geertz, y que implica un vínculo fluido, emparentado, de retroalimentación entre la perspectiva metodológica y la teoría sobre la cual se posiciona esta investigación, dado que la etnografía como enfoque “no pretende reproducirse según paradigmas establecidos, sino vincular teoría e investigación y favorecer nuevos descubrimientos” (Guber, 2011, p. 50).

Nuestro principal desafío ha sido buscar y desentrañar los sentidos y significados de las personas que habitan o trabajan en el barrio, intentar rescatar el aporte desde sus saberes y vivencias, con el compromiso de mostrar la problemática que aquí nos planteamos de una forma que rompa con la estigmatización que ella misma encierra.

Debemos hacer la salvedad de que, y en función del concepto de *reflexividad* tan pertinente aquí, nosotros como investigadores tenemos ciertos “condicionamientos sociales y políticos” (Guber, 2011) basados en nuestra etnia, nuestro género, nuestro lugar en el barrio, nuestras filiaciones políticas e incluso hasta nuestra pertenencia a determinado estrato social. Estas características forman parte de nuestra *reflexividad*, a lo que Bourdieu y Wacquant (2008) agregarían nuestro lugar como académicos, lo cual trae consigo ciertas asunciones, determinaciones o incluso prenociones, que son inherentes a nuestra formación en las ciencias sociales. Aquí aparece el desafío

mayor: para que podamos describir la vida social de las y los pobladores del barrio y de quienes trabajan allí, desde sus propias perspectivas, debemos estar atentos, debemos someter a esa “vigilancia epistemológica” esas dimensiones de nuestra *reflexividad*, para no caer en lo que otros académicos han hecho.

Al producirse el ingreso y el encuentro en el campo, nuestras reflexividades entran en relación con las reflexividades de los sujetos, que comienzan a transformarse en “sujetos de estudio” y en “informantes” (Guber, 2011). Siempre nos intrigó de qué forma nos veían en el barrio, muchas veces intentamos dilucidar las reacciones que nuestra presencia despertaba allí, las cuales por momentos eran claras y por momentos no. Esto iba acompañado por la otra cara de la moneda, que involucra lo que piensan los habitantes y trabajadores del barrio de nuestra presencia allí, dado que siempre está presente el aspecto de que no saben realmente qué y para qué buscamos saber tal o cual cosa, ya que con respecto a la problemática que aquí abordamos hay mucho miedo en las personas del barrio para hablar de ciertas cosas. En una de las primeras recorridas que realizamos, nuestra “informante” nos presentaba frente a otros habitantes del lugar como sus amigos, mientras que en una entrevista que mantuvimos con otro poblador del barrio nos dijo que aparentábamos ser “trabajadores sociales” o “maestros de escuela”, lo cual para nosotros era algo bueno, dado que no queríamos que nos confundieran con informantes o trabajadores del Ministerio del Interior o con policías “de civil”. Teníamos una gran preocupación por lograr que quienes pertenecían al barrio se abrieran sin miedo y entendieran que nuestro propósito no era que delataran a nadie específico, ni que nos informaran sobre ninguna actividad ilícita. Simplemente queríamos conocer sus vivencias, saberes y representaciones sobre una problemática compleja instalada en su día a día.

Cabe destacar que, como investigadores, hay dinámicas de la cotidianidad del barrio a la que no pudimos acceder y que ni siquiera quienes llevan más años viviendo o trabajando en ese lugar han podido observarlas de primera mano, ni a conocer algunos códigos o formas

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

de proceder de algunos o algunas habitantes. Es decir, que hay un “nivel subterráneo” al que no pudimos llegar y que va de la mano de las dinámicas que pensábamos que íbamos a poder observar *in situ*.

En el inicio de esta investigación, la mayoría de las personas del territorio, tanto habitantes como trabajadores, nos decían que luego de las 18 horas nadie podía salir de sus casas, no se podía ir a una plaza, ni transitar por el barrio. Transcurridos los meses de investigación en este año 2022, las configuraciones de la violencia en el territorio se han ido transformando y ahora no hay horarios definidos para el tránsito o la salida de los hogares, si no que las dinámicas de violencia se han instaurado a tal punto que las personas no pueden decirnos con exactitud qué momentos del día son menos riesgosos para transitar por la zona.

Esto nos ubica frente a una complejidad aún mayor, ya que nuestra presencia allí ha encontrado dificultades para establecer vínculos con algunos sujetos que trabajan en el barrio. En el caso de sujetos que pertenecen a instituciones insertas en el Marconi, como por ejemplo, la policlínica o algunas personas a cargo de centros de primera infancia, nos hemos encontrado con respuestas que indican que no están “autorizados” a dialogar sobre determinados aspectos del barrio, que tienen que pedir autorización oficial, mientras que por otro lado, llegar a algunos habitantes ha sido difícil debido a cierto “miedo” o resquemor para hablar sobre determinados aspectos que los comprometerían.

En medio de las dificultades propias de la realización de esta investigación etnográfica, queremos destacar que el resultado que aquí se podrá leer es una parte de un trabajo que amerita una continuación y una continuidad mayor, ya que, dada la complejidad de lo que nos planteamos, el análisis es un mero acercamiento para comprender una realidad que desborda lo que pudimos observar, relevar, intercambiar y dialogar con los habitantes y trabajadores del Marconi.

Investigar sobre la o las violencias, y específicamente sobre violencia policial, nos posiciona frente a grandes complejidades. Como fue señalado, esta investigación se planteó desde una perspectiva

fenomenológica, en donde nosotros pretendíamos llegar a cierto “nivel subterráneo” o “clandestino”, al cual nunca pudimos acceder. Ese “nivel” que nos permitiría observar los vínculos e interconexiones de las formas de violencia en el territorio y del papel de la policía en ellas, nos develaría algunos aspectos ilícitos que aparecen en algunas entrevistas y que las y los habitantes y trabajadores del barrio tienen conocimiento de su existencia.

Consideramos que en las páginas que aquí se presentan, y que reflejan ciertos caminos que la investigación tomó, compartimos la visión de que debíamos acercarnos a comprender cómo el Estado, en un lugar específico como el barrio Marconi, tuvo a lo largo del tiempo (y tiene en la actualidad) sus formas de ser y estar, a través de recursos, prácticas, procesos y actores, como en este caso la policía. Debemos aclarar que los nombres de las personas cuyos relatos y experiencias aparecen en estas páginas, fueron suprimidos o modificados para preservar su anonimato, solamente se utilizan los nombres en los casos en que tuvimos autorización para hacerlo.

Desde el inicio, pudimos tejer una red de contactos, en base a amigos y conocidos que al principio tenían sus reticencias para ponernos en vínculo con gente local, pero luego de varias conversaciones e intercambios lo fuimos logrando. En este sentido, debemos destacar y agradecer la invaluable ayuda y apoyo en la construcción de esas redes que tuvo para con nosotros, primero, el área social del Centro Comunal Zonal 11, que es el centro comunal que gestiona el Municipio D donde se encuentra ubicado el Marconi. También debemos agradecer profundamente a referentes, vecinos, vecinas y trabajadores del barrio, quien con su generosidad, confianza y apertura nos han logrado abrir las puertas a habitantes y trabajadores locales de forma excepcional.

Concebimos este informe como apenas una base de un trabajo que aún amerita una continuación y que la tendrá. El análisis que aquí realizamos lo hacemos desde la combinación de datos obtenidos desde la etnografía y su registro a través de la observación participante durante casi ocho meses en terreno, desde entrevistas donde relevamos

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

relatos tanto de “informantes calificados” como de habitantes y trabajadores locales y en diálogo con algunos datos secundarios tomados de diversas fuentes académicas, así como de medios masivos de comunicación, como forma de problematizar nociones, percepciones, representaciones y estigmas impuestos sobre dicho barrio.

Un último aspecto que debemos destacar es que esta investigación no pretende darle voz al Marconi. El lugar de las y los habitantes y trabajadores del barrio en esta investigación no busca generar un relato subalterno, ni producir alteridad, ni estereotipar imágenes o representaciones que han marcado ese territorio a lo largo del tiempo. Por el contrario, esta investigación está concebida desde la cercanía que genera el método etnográfico, de la construcción colaborativa en torno a miradas y análisis aquí vertidos. Del intento por acercar los anhelos, los deseos y las emociones de personas, que han sido compartidas con nosotros a lo largo de este camino que hemos logrado transitar. Nosotros también hemos sentido su desazón, sus miedos, sus frustraciones y sus esperanzas y aquí queremos transmitir esas experiencias.

Análisis

Marconi: en los márgenes del margen

Marconi, el barrio objeto de esta investigación, se localiza en la zona centro-norte de la ciudad de Montevideo. Inserto en el Municipio D y en el Centro Comunal Zonal 11,³ se trata de un triángulo conformado

³ La ciudad de Montevideo está dividida en ocho municipios que conforman el llamado tercer nivel de gobierno. Creados por la Ley de “Descentralización política y participación ciudadana” de 2009, cada municipio es presidido por un alcalde electo por los ciudadanos de ese lugar. Del mismo modo, y en un proceso que comenzó 20 años antes, la ciudad está conformada por 18 Centros Comunales Zonales, los cuales, gobernados por una Junta Local, operan como una oficina municipal que gestiona diversos servicios y obras en cada uno de los barrios. El Municipio D, en donde se ubica el barrio Marconi, está integrado por dos Centros Comunales Zonales (10 y 11).

por las calles Bulevar Aparicio Saravia, Av. General Flores y Carreras Nacionales. Lindante con otros barrios reconocidos también por sus problemáticas sociales (Casavalle, Nuevo Ellauri, Las Acacias, Borro, Jardines del Hipódromo, etc.), si bien distintos proyectos institucionales lo han ubicado dentro de un espacio mayor –por ejemplo, el llamado Plan Cuenca Casavalle– el Marconi es un barrio con identidad propia.

Desde el centro de la ciudad, en automóvil, se llega allí en no más de 15 minutos. Se toman dos o tres arterias principales, se realizan algunos pocos giros de aproximación y se desemboca en el corazón del barrio. Esto es así porque en los últimos años esa zona de la ciudad ha sido objeto de importantes proyectos urbanos, vinculados sobre todo con obras de vialidad y conexiones de redes de saneamiento. Entrar y salir al barrio por medio del transporte público es otra historia, ya que se depende de una única línea de ómnibus (el 405), que se interrumpe apenas surge alguna dificultad en la zona. A lo largo del trabajo de campo –por lo menos hasta esta etapa– no hemos tenido ningún problema para acceder y circular por el barrio. Solo en una oportunidad, a finales de 2021, con la movilidad recuperada luego de los largos meses de pandemia, en la entrada a la zona, en el límite con el barrio Cerrito y próximos al Cementerio del Norte, un importante operativo policial nos detuvo. Nos pidieron documentos, libreta de propiedad del vehículo, nos registraron en una planilla y nos preguntaron hacia dónde nos dirigíamos. Pudimos apreciar una suerte de control aduanero dentro de la ciudad, que funcionó durante algunas semanas luego del enfrentamiento entre grupos delictivos de distintos barrios. Según el relato de muchos habitantes, esta presencia policial fue especialmente molesta para la circulación de las personas que trabajan más allá de esos barrios, generó tensiones y finalmente fue retirada, luego de algunas protestas que llegaron directamente a las autoridades del Ministerio del Interior. Más allá de ese episodio, en la infinidad de visitas realizadas, casi no hemos detectado la presencia de la policía. Solo hemos observado un patrullero estacionado invariablemente en una intersección importante, próxima a un complejo de viviendas.

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

Estos avances viales para la conectividad de la zona fueron puestos en juego en un espectacular episodio ocurrido el 11 de agosto de 2022. Dos personas robaron un camión de reparto en la zona del Shopping Nuevo Centro, un punto neurálgico de la ciudad, desde el cual muchas veces partíamos para realizar las tareas de campo. Como el vehículo contaba con GPS se avisó a la policía y se generó una inmediata persecución que, por decisión de quienes perpetraron el robo, terminó en las calles del barrio Marconi. Las personas saltaron del camión en movimiento, el que terminó incrustado en una vivienda ubicada en las calles Enrique Castro y Burgueño. Uno de los ocupantes, una mujer, fue detenida y trasladada a un centro asistencial, mientras que el otro, un hombre, se dio a la fuga y se internó en los inaccesibles y cercanos pasajes del barrio. Toda la acción no duró más de cinco minutos y dejó al descubierto la ubicación del barrio al que se accede con rapidez y sirve como “punto de refugio”.

En efecto, así como es sencillo y rápido llegar hasta allí, las noticias sobre el barrio acceden a los medios de comunicación nacionales con pasmosa fluidez. Desde que esta investigación comenzó, podemos leer en algunos portales de noticias lo siguiente:

Dos hombres detenidos por la guerra narco en el Marconi.

Delincuentes a los tiros en el Marconi rapiñan camiones repartidores.

Guerra narco deja seis muertos y varios heridos en los últimos días.

Dos mujeres muertas y cuatro heridos tras enfrentamiento a tiros en el Marconi.

Seis años de cárcel para el hombre detenido tras robar celular y hacerse una *selfie*.

Balearon a un niño de 2 años en un tiroteo entre delincuentes en el Marconi.⁴

⁴ Ver, respectivamente, <https://www.subrayado.com.uy/dos-hombres-detenidos-la-guerra-narco-el-marconi-n813130>; <https://www.subrayado.com.uy/delincuentes-los-tiros-el-marconi-rapinan-camiones-repartidores-n812723>; <https://www.subrayado.com.uy/guerra-narco-deja-seis-muertos-y-varios-heridos-los-ultimos-dias-n811941>; <https://www.subrayado.com.uy/dos->

El proceso de construcción de la identidad estigmatizada del Marconi y de toda esa zona es muy largo, y tiene su historia propia. Esas marcas se han vuelto emblemáticas, al punto de que el ministro de Desarrollo Social, que asumió en marzo de 2020, prometió instalar las oficinas ministeriales en el barrio Casavalle como forma de reconocer la empatía y el compromiso con los problemas de la pobreza y la exclusión. Cabe señalar que la promesa no se llevó a cabo. Por otra parte, el actual presidente de la república, en declaraciones recientes, fustigó al gobierno anterior por haber realizado obras para llevar las conexiones de fibra óptica solo a los barrios costeros de la ciudad (los que presentan los niveles más altos de bienestar), y aseguró que su administración llevará ese servicio a Casavalle. Cuando el poder político quiere identificar un espacio representativo de los problemas sociales más agudos, no duda en señalar a estos lugares.

El Marconi es un barrio construido a mediados del siglo XX a iniciativa de la Intendencia Municipal de Montevideo según algunos relatos. Supuso un esfuerzo de urbanización importante, cuyas huellas son visibles hoy en día. Aun así, hay en ese lugar una precariedad histórica que se fue agravando con el tiempo a través de distintas oleadas que fueron conformando los cordones de asentamientos. Durante las décadas del ochenta y noventa se registraron procesos de superpoblación en la zona. Hubo proyectos y promesas de vivienda que terminaron alentando una ocupación irregular que fue tolerada por el propio Estado. Por los procesos experimentados y por su particular localización geográfica, muchos funcionarios técnicos hablan del Marconi como de un “gueto”. Delimitado por una cañada, que durante mucho tiempo lo aislaba por la ausencia de puentes y pasos, el Marconi se configuró como un lugar cerrado, con alta densidad de personas y fuertes niveles de hacinamiento. Procesos similares sufrieron barrios aledaños, como la Unidad Misiones o la Unidad

mujeres-muertas-y-cuatro-heridos-enfrentamiento-tiros-el-marconi-n807570; <https://www.subrayado.com.uy/seis-anos-carcel-el-hombre-detenido-robar-celular-y-hacerse-una-selfie-n767637>; <https://www.subrayado.com.uy/balearon-un-nino-2-anos-un-tiroteo-delincuentes-el-marconi-n702186>.

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

Casavalle, aunque esta última tuvo una implantación semirrural y quedó colocada en un espacio más abierto lo que le fue permitiendo ganar otra centralidad en la zona. Casavalle se ha vuelto un enclave importante en materia de presencia de instituciones públicas y organizaciones sociales. Allí funcionan el Centro Cívico Luisa Cuesta, el Complejo Sacude (Salud, Cultura, Deporte), la Policlínica “Los Ángeles”, un reconocido liceo público de gestión privada (Impulso), la Seccional de Policía N° 17, etc. A pocos metros está el Marconi, una suerte de margen dentro del margen.

No es tarea sencilla entender los límites, ubicarse geográficamente, identificar las referencias y capturar las dinámicas territoriales. Todo tiene un aire muy parecido para los ojos desentrenados. Sin embargo, poder aquilatar los principales rasgos socioeconómicos y territoriales del lugar es un esfuerzo más a la mano. Todos los “informantes calificados” entrevistados para esta investigación advierten la presencia de problemas ambientales importantes, la conformación de basurales endémicos, las conexiones colapsadas de agua, el complejo entramado de viviendas, el elevado número de familias por padrón, entre otros aspectos. Las observaciones que realizamos en las distintas recorridas confirman este diagnóstico y le agregan una tonalidad negativa difícil de traducir en palabras.

También según la perspectiva de los funcionarios y habitantes de la zona que hemos entrevistado, el panorama social tiene características muy definidas. El trabajo es esporádico e informal y las personas en edad de retiro no pueden acceder a una jubilación adecuada. Los varones trabajan muchas veces como cuidacoches, clasificadores de residuos, en la construcción o en seguridad privada. Las aspiraciones de poder obtener un empleo público son altas, y cuando se concretan lo hacen a través de la Policía o las Fuerzas Armadas. Por su parte, las mujeres se emplean en el servicio doméstico o en empresas de limpieza, realizan pequeños emprendimientos de repostería o costura. Las familias son numerosas, con muchos hijos pequeños, monoparentales en un porcentaje importante (con jefatura femenina). Los niños y niñas tienen a los Centros de Atención a la Infancia

y la Familia [CAIF]⁵ y a la escuela pública como lugar central de referencia, aprendizaje y protección.

Distinta es la perspectiva para los adolescentes, cuyas trayectorias en muy pocos casos quedan insertas en las redes educativas formales. En la mañana o en la tarde, los liceos de la zona presentan un intenso movimiento, pero a la misma hora es normal observar adolescentes que transitan sin rumbo, tanto a pie como en motos. Es interesante señalar cómo las reconocidas experiencias de los liceos públicos de gestión privada, como por ejemplo el Impulso que funciona en Casavalle, generan a los ojos de los habitantes importantes niveles internos de estratificación: los “adolescentes ricos” y los “adolescentes pobres” se clasifican según la oportunidad de acceso a esos centros educativos.

Los y las habitantes del Marconi enfrentan dificultades cotidianas de todo orden. Ausencia de servicios, problemas de movilidad, inaceptable presencia de basura, escasa iluminación, falta de espacios públicos recreativos, plazas que no se usan por estar copadas por bocas de venta de droga, riesgos constantes de victimización delictiva, etc., marcan el tono predominante de la vida cotidiana. Según distintos relatos, la gente está metida en sus casas o en el trabajo. Hay muy pocas oportunidades de intercambios, de convivencia y de recreación. El miedo a las balas perdidas es constante. “Hoy el barrio está difícil”, y no se puede dejar la casa sola porque la roban. Los que circulan lo hacen por estricta necesidad. A lo largo de nuestras recorridas nos hemos encontrado tanto con espacios extensos y abiertos como con trazados urbanos más tradicionales, pero casi siempre con poco movimiento de gente. Aun así, varios relatan que se trata de barrios hacinados, cuyas unidades de viviendas y pasajes inaccesibles también hemos tenido oportunidad de presenciar. Una circulación

⁵ El llamado plan CAIF funciona en Uruguay desde finales de la década del ochenta, con la intención de proteger y promover los derechos de niñas y niños desde su concepción hasta los tres años a través de una política intersectorial que involucra a organizaciones de la sociedad civil, instituciones del Estado y las intendencias departamentales.

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

reducida y puntual, y una concentración de personas casi invisibilizada, pautan una buena parte de las relaciones sociales en estos espacios.

Finalmente, la red de comercios, pequeños y medianos es casi inexistente. Ya no quedan panaderías, bares ni lugares de venta de comida. Los almacenes son pocos y muy chicos. Tampoco hay ferias vecinales, como es tradición en la gran mayoría de los barrios montevideanos. Hay que trasladarse al Borro, al eje de Avenida Gral. Flores o la feria de Piedras Blancas. Para poder buscar sus provisiones, las personas caminan mucho o se trasladan en motos. Distinta es la suerte de otros emprendimientos comerciales, como es el caso de las barracas o de las menos justificables “barberías”. La oferta comercial tiene una llamativa visibilidad cuando aloja inequívocas actividades ilícitas. El mercado adquiere destellos convencionales y estéticas que se pueden identificar en otros barrios, cuando los productos transables están prohibidos.

Los habitantes, los profesionales y los funcionarios que hemos entrevistado para esta investigación son capaces de identificar cambios muy importantes en el Marconi en los últimos años. El más mencionado se relaciona con la circulación y la movilidad a través de la apertura de calles y puentes. También hubo avances en vialidad, alumbrado y saneamiento, y todos destacan la construcción de plazas y los equipamientos de los espacios urbanos. Como ocurre con algunos centros educativos, la inversión en nuevas plazas también genera un efecto de estratificación entre aquellas zonas directamente beneficiadas por la presencia de ese espacio y las que no disponen de lugares de encuentro. En la misma línea, vecinos y técnicos reconocen algunos avances en materia habitacional, en particular por la presencia del Plan Juntos, identificado como el único brazo del Estado con capacidad para ingresar a todos los lugares del barrio.⁶ Desde

⁶ Creado en 2010, el Plan Juntos es un programa que trabaja con familias en situación de vulnerabilidad social y precariedad habitacional. Mediante una lógica colectiva y participativa, se conforman grupos de diez familias que trabajan con los equipos técnicos instalados en los lugares para promover la autoconstrucción y la ayuda mutua.

el punto de vista social, se enfatiza en la regulación del trabajo de los clasificadores de residuos y la mejora en sus condiciones laborales y sanitarias.

A pesar de que esos cambios pueden ser registrados con facilidad, hay una realidad social que permanece inalterada. La pobreza, la cercanía con las situaciones de violencia y la convicción de vivir en un mundo inestabilizado son algunos rasgos que definen las percepciones de retroceso. En los barrios pueden existir más oportunidades de empleo y dinero circulante, cuando las condiciones generales del país mejoran. Sin embargo, lejos está de conformarse un escenario que promueva posibilidades más alentadoras. Luego de casi dos años de pandemia y de los ajustes en las políticas sociales del nuevo gobierno que asumió en marzo de 2020, la crisis social se hace sentir con más fuerza en el barrio.

Las distintas personas con las que hemos conversado a lo largo de estos meses nos señalan que el Marconi tiene una identidad particular. Sus habitantes defienden su sentido de pertenencia (“la gente del Marconi no va a la plaza Casavalle”) y las delimitaciones entre “ellos y nosotros”, “los de arriba y los de abajo”, “los del norte y los del sur” operan con gran eficacia sociológica. Como rasgo destacado hay que mencionar la fuerte presencia de población de origen afro: por un lado, los que vienen de los departamentos fronterizos con Brasil y que han introducido gustos musicales específicos (samba), y por otro, hombres y mujeres que en los setenta y ochenta fueron realojados de barrios como la Ciudad Vieja, barrio Sur y la Unión, y que han dejado su huella a través del candombe. Comparsas y “*escolas*” conviven en una zona que declara un gusto mayoritario por la cumbia y la plena (“el narco escucha lo que escuchamos todos. Plena pa’ ti”, nos asegura un importante activista social de Casavalle).

Las singularidades barriales marcan el tono de la convivencia y el alcance de los conflictos. Pero también dejan al descubierto los

El programa ha jugado un importante papel para activar las tramas de la integración comunitaria.

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

desarrollos desiguales en materia de redes y organizaciones sociales. Para poder entrar al Marconi y circular a la búsqueda de sus dinámicas, hemos tenido que apelar a conexiones con personas e instituciones radicadas en zonas de proximidad. También en este sentido, el Marconi es el margen dentro del margen.

A finales de mayo de 2016, el barrio se vio sacudido, una vez más, por la violencia. Luego de la denuncia de robo de una moto, la policía inició una persecución de dos adolescentes. Hubo disparos que los alcanzaron, que impactaron en el rostro de uno de ellos y le quitaron la vida al otro. A las pocas horas de conocida la noticia, se produjo una reacción colectiva en el barrio. Movilización, pedreas, un ómnibus quemado, el médico de la policlínica de la zona y un *taximetrista* heridos. La policía reforzó su presencia y se intensificaron los intercambios de balas y piedras. El barrio quedó cercado, casi ocupado por varios días, a la espera que las aguas volvieran a su cauce.⁷

Los hechos tuvieron una inmediata repercusión nacional. El debate público, las coberturas periodísticas y las reacciones políticas permitieron que la confrontación continuara en otros espacios. Además de los testimonios directos, las miradas vecinales hablan de la profundidad del suceso. Como era de esperar, durante varios días el Marconi fue tema de periodistas, tertulianos, académicos y políticos. Miradas desde la distancia para dar cuenta de la fractura social, de “ese otro mundo” al cual el Estado no entra. Los relatos coinciden en señalar que hay una mayoría de trabajadores “honestos” que quedan de rehenes de la situación, al tiempo que los jóvenes del lugar sienten el rechazo de la sociedad por sus marcas de identidad. Menos comunes, o casi inexistentes, son las visiones que tratan de entender cómo se construyen las identidades individuales y colectivas en el marco de las interacciones entre los jóvenes de las clases populares y las políticas de prevención y hostigamiento policiales.

⁷ Para un análisis en profundidad sobre las implicancias de este episodio, ver Vales (2018).

Este episodio tiene una rotunda presencia en la memoria colectiva del barrio. Marca, para la vida de las personas y de las organizaciones, un antes y un después. Lo curioso es que el recuerdo no queda anclado en la problemática de la violencia policial o el “gatillo fácil”, sino en la nueva configuración de la articulación interinstitucional para dar respuestas a las situaciones de violencia. Luego de estos eventos traumáticos, se crearon nuevas instancias, tales como el Consejo Casavalle (con participación de instituciones públicas, tanto nacionales como municipales) y la Intersocial que nuclea a organizaciones sociales, educativas y religiosas. La débil trama organizativa del Marconi quedó inserta en estos espacios más generales. Desde esa fecha, se promovieron dinámicas de corresponsabilidad, se generaron espacios de intercambio, compromiso, comunicación y evaluación, se logró una mayor iniciativa del Municipio D y se echaron a andar muchos proyectos de convivencia e infraestructura. Las personas que han mantenido una participación continua destacan el rol jugado por una institución que siempre le ha costado la coordinación con otros: la policía.

La pandemia y el cambio de gobierno en 2020 frenaron muchos de estos impulsos. Las instancias de trabajo tuvieron que ser lentamente recuperadas, sobre la base de nuevas conversaciones y acuerdos. La problemática de siempre en los barrios es abordada ahora casi desde cero, con compromisos heterogéneos y con una débil presencia del Ministerio del Interior y la policía. Algunos fragmentos de nuestro diario de campo ilustran las nuevas dinámicas en dos reuniones de la Intersocial y en un encuentro del Consejo Casavalle.

16 de diciembre de 2021. Reunión de la Intersocial en el Complejo Sacude. Entramos a la reunión y saludamos a los presentes. Está la “vecina de la nota de la Diaria”⁸ y varios integrantes del barrio. El alcalde habla sobre estos meses de violencia y una alternativa cultural que surgió para contrarrestar. La organización La REDA fue

⁸ Ver <https://ladiaria.com.uy/justicia/articulo/2021/12/barrio-marconi-no-nos-queremos-acostumbrar-a-que-las-muertes-sean-normales/>

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

presentada por sus integrantes. Se trata de una iniciativa para mujeres que involucra gastronomía, peluquería, costura. Un sábado por medio se juntan y hacen talleres de expresión literaria también. En estos emergieron situaciones complejas de cómo se sentían las mujeres en estos contextos de violencia. También se presentó la Comisión de Habitar Urbano, que sugirió paseos y actividades, realizar intercambios entre barrios y romper el “cerco invisible”. Hubo una gran preocupación por dos temas importantes: alimentación y violencia. Sobre todo, el tema alimentación fue una gran preocupación por el comienzo de las vacaciones de verano y el cierre de las instituciones que se encargan de brindar alimentos a niñas, niños y adolescentes. Se planteó la preocupación por los adolescentes, de pensar qué hacer con los y las adolescentes, como si fueran una “cosa” sobre la que hay que pensar “qué hacer”. Varios de las y los presentes acordaron que en el barrio “las noches están complicadas”. Representantes de la Red de Adolescencia propusieron actividades en el Centro Cívico para el mediodía, con el objetivo de “fabricar identidad de la zona”. Quieren crear una comparsa y facilitar un taller de percusión, con la ayuda de la organización “El Achique”.

17 de marzo de 2022. Asistimos a la reunión del Consejo Casavalle en el Complejo Sacude, un evento que reúne la presencia de profesionales y representantes de distintos sectores del Estado. En este caso se va a realizar la presentación del Plan ABC (de la Intendencia de Montevideo) y del plan de educación por parte del Ministerio de Educación y Cultura. Inaugura una autoridad de la Administración Nacional de Educación Pública [ANEP] y propone que hay que definir Casavalle por un eje de prueba de propuestas educativas que tengan un fuerte anclaje con su entorno. Expone que tiene que haber un diseño de nuevas estrategias de acción que tengan vínculo con propuestas educativas. En este contexto indica que hay 27 centros educativos en la cuenca de Casavalle, que abarcan inicial, primaria y media, más la propuesta de jóvenes y adultos, y deja claro que hubo un recorte en el universo de centros. Una de las autoridades habla de la idea de reducir la violencia en los centros educativos a través de estas propuestas. Cuando de repente varios de los presentes, que pertenecen a distintos sectores del Estado pero con larga presencia

La violencia policial en los márgenes del Estado

en el barrio, le cuestionan por la no construcción del Liceo 69 en un nuevo predio que fue cedido desde la Intendencia de Montevideo, a lo cual la autoridad contesta que hubo un recorte presupuestal y que ese liceo no se va a construir en ese predio. Esto resulta un problema para el acceso educativo de las y los jóvenes de la zona, dado que los liceos no dan abasto y hay muchos jóvenes que son derivados a liceos en otros barrios, a los que dejan de asistir por un tema de movilidad.

26 de mayo de 2022. Reunión de la Intersocial en el Centro Cívico Luisa Cuesta. En la reunión se pusieron sobre la mesa las prioridades de la comunidad. Una habitante del barrio, referente de la organización “El Achique”, colocó como asuntos urgentes los de seguridad y de trabajo. Con respecto a la seguridad, transmite que para ella desde lo personal, estar en el medio de problemas entre diferentes actores, que se resuelven con armas de fuego, es algo de máxima gravedad. Problemas en las puertas de las escuelas o instituciones educativas. Otros referentes hablaron del problema de las mujeres presas por microtráfico o por ingresar droga a lugares donde están presos sus compañeros. La trabajadora social de la Escuela de Oficios Don Bosco plantea *¿qué pasa con la educación luego del Ciclo básico?*, ya que hay jóvenes que se inscriben pero han quedado por fuera de los liceos del barrio y los derivan a otros liceos fuera de la zona. Faltan otras propuestas educativas para el barrio, no solamente de ciclo básico o educación media, sino UTU, es decir, escuelas técnicas de formación media básica. Por otro lado, algunas/nos referentes plantearon el tema de la seguridad como una problemática instalada, el desestímulo a las denuncias, el papel de la Comisaría 17 y el delito en el barrio. Esta manifestación coincide con la presencia de algunas becarias del Ministerio del Interior en la reunión, vinculadas al área de género, pero sin mucho peso en la toma real de decisiones. Frente a este panorama, Analía y Beatriz plantearon el problema de la droga, para Analía la única respuesta frente a ese problema de parte de la policía era “dar palo”. Fue la única alusión que pudimos escuchar en todas las reuniones vinculadas con la violencia de la policía. Es una reunión con un número importante de presencias, aunque las intervenciones de los representantes de los ministerios son apenas nominales y con una notoria lejanía de los problemas del barrio.

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

Mientras la trama de instituciones y organizaciones busca el tono para recuperar impulso de trabajo, la compleja vida cotidiana en el Marconi sigue su curso. En los primeros días de agosto de 2022, un doble homicidio vuelve a impactar sobre el barrio. De nuevo en las calles Enrique Castro y Burgueño, un hombre de 25 años que salía de un almacén y una mujer de 29 años que iba a trabajar, perdieron la vida por disparos de armas de fuego. La reacción del barrio fue inmediata. Al grito de “estamos cansados” y “sigue muriendo gente inocente”, los habitantes se movilizaron exigiendo a las autoridades respuestas eficaces para frenar la ola de violencia. Los sentimientos del barrio llegaron a los medios de comunicación, sobre todo por la congoja que produjo la muerte de la mujer, Micaela, una joven trabajadora de una familia del Marconi que dejó cuatro hijos. El dolor, el miedo y el silencio se procesan con la necesidad de juntarse para reclamar soluciones. Los referentes con los cuales hemos trabajado en estos meses nos hacen llegar noticias, nos invitan a las manifestaciones y nos hacen saber de sus tristezas y frustraciones. A muchos de ellos los vemos declarar en los medios de comunicación, y apreciamos la implacable consistencia entre lo que allí dicen y lo que han sostenido a lo largo de tantos encuentros con nosotros. Dejan su vida para que las cosas puedan ser de otra manera.

Lo cotidiano y la violencia

Desde que nos planteamos esta investigación, sabíamos que debíamos trabajar en conjunto con las redes existentes en el barrio, pero nunca pensamos que llegar a algunos niveles del tejido social iba a ser tan dificultoso. Comenzamos nuestro trabajo de campo a finales del año 2021, tuvimos nuestros primeros encuentros con las trabajadoras sociales del Comunal Zonal 11 insertas en el barrio, y a poco de transitar esa ruta que habíamos planificado para el ingreso a los distintos niveles aparecieron varios trancones. Las reuniones con técnicos y profesionales de instituciones y organizaciones sirvieron como puente para acceder –no sin varias dificultades– a habitantes,

trabajadores, vecinos y vecinas de la zona. Una vez que pudimos establecer algunos vínculos, sobre todo con quien es nuestro interlocutor principal, que ha sido nuestro referente en el barrio y nos ha contactado con otros habitantes y trabajadores, logramos ingresar a un nivel primario del tejido social.

Los relatos que aquí presentamos son fundamentales para comprender el vínculo de las cotidianidades de la gente de la zona con la policía y con las configuraciones y reconfiguraciones que ha tenido el Marconi a lo largo de este tiempo, sobre todo en lo que podría ser la “despacificación de los espacios marginados” (Wacquant, 2015; Auyero y Sobering, 2021). De distintas maneras, las personas identifican en sus relatos el miedo a salir de sus casas y no saber qué puede pasar, la violencia que han vivenciado vinculada a operativos policiales de allanamiento aleatorios en viviendas, los tiroteos que han vivido en la puerta de instituciones educativas o en diferentes lugares del barrio.

Nuestra primera recorrida extensa por Marconi, Casavalle, Las Acacias, Unidad Misiones y Nuevo Ellauri la realizamos en marzo de 2021 con Alejandro, un trabajador de un liceo público de gestión privada y referente de la zona. Alejandro tiene una visión muy particular sobre el barrio, los límites geográficos que lo comprenden, las problemáticas que lo aquejan y, en especial, sobre la presencia policial. No ha estado muy conforme con la actuación de la policía a lo largo de estos últimos años (2015-2019) y ahora ve que la forma de gestión policial de cierta forma ha cambiado. En este sentido, varias son las preguntas que podrían contextualizar este análisis: ¿cómo ha vigilado el Estado al Marconi? ¿Cómo es su presencia en el barrio? ¿Cómo afecta la policía las cotidianidades de los y las habitantes?

Hay algunas dinámicas que, según Alejandro, han sido “naturalizadas” por la gente de la zona, sobre todo en el periodo anterior a la pandemia en el que el patrullaje era diario, había toques de queda, no se podía salir y transitar en ciertos horarios. En ese sentido, se generó una intervención arbitraria del Estado que hoy, según él, ya no está. Mientras conversamos, Alejandro nos lleva en camioneta por

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

un pasaje del complejo habitacional Unidad Misiones⁹ y, a medida que avanzamos, un adolescente de entre 12 o 14 años nos intercepta y nos apunta con un revólver. Por fortuna, dos personas que estaban conversando en la acera derecha le advierten con gritos: “esa camioneta no es”. En conversaciones posteriores, Alejandro nos comenta que antiguamente había “códigos” que funcionaban en el barrio, pero ahora hay que enfrentar una nueva problemática donde hay niños y adolescentes que están armados. Aun así, dado el desenlace del episodio, Alejandro interpreta que esos “códigos” todavía se mantienen activos. Él confiesa que nunca antes se había enfrentado a una situación así. En el momento, decidió no avisar a la policía, para no delatarse, pero que lo haría pasados algunos días.

La presencia de la policía en el barrio genera distintos puntos de vista. Desde la percepción de los habitantes y profesionales que hemos entrevistado, los operativos previos a la pandemia –tan difundidos a nivel mediático– son identificados como formas del Estado de violentar a familias que no estaban vinculadas al narcotráfico y que sentían que terminaban viviendo una realidad incierta e impredecible. Esto marcó la cotidianidad de muchas personas y, sobre todo, la vida de niños y adolescentes. Esas prácticas se perpetuaron en el tiempo, ya que durante la pandemia y hasta hoy en día son mecanismos que no han dejado de implementarse en el barrio.

Por otro lado, una trabajadora del barrio nos relata que hay vecinos que identifican el patrullaje policial diario como un factor que “mejora la convivencia en la zona” y da una cierta “seguridad” cotidiana. Sin embargo, la gran mayoría de los vecinos no se anima a hablar de seguridad, tienen miedo, ya que “para denunciar hay que

⁹ La Unidad Misiones es un complejo de viviendas ubicado entre las calles Bulevar Aparicio Saravia y algunos “pasajes” que están numerados y próximos al arroyo Miguelete. Fue construido en la década del setenta, y es conocido por los habitantes locales con el nombre despectivo de “Los Palomares”. En este complejo se trabajó a través del “Plan Juntos”. Entre 2018 y 2019, se abrieron algunos pasajes del complejo, se construyeron veredas, se pavimentaron calles y se conectó el lugar con la calle Bulevar Aparicio Saravia. En muchos casos ni las ambulancias ni los móviles policiales pueden ingresar, ya que algunos pasajes aún permanecen demasiado angostos.

dar datos, pero con pocas garantías”. La policía es observada en toda su ambigüedad: por un lado, se la necesita y se la demanda, pero por el otro se tiene sobre ella una profunda desconfianza.

Según el relato de una vecina, hubo un evento en el barrio que determinó un antes y un después en la convivencia cotidiana y en el relacionamiento con la policía. Como vimos más arriba, la muerte de un adolescente en 2016 a manos de la policía, que produjo la posterior explosión del barrio, obligó a los habitantes a prestar atención al desempeño de la policía, y a estar pendientes de sus formas de respuesta y de cómo se posicionaban cotidianamente en el territorio. Fue en ese entonces, nos relata, que hubo una fuerte demanda de las organizaciones y personas de la zona en torno a que la policía debía estar “mejor formada, saber qué hacer, en base a tener un mejor conocimiento del barrio”. A partir de ahí el vínculo un poco cambió, pero igual estas transformaciones no generaron que los vecinos tuvieran mayor presencia en las demandas y la resolución de las problemáticas cotidianas del barrio.

Desde la perspectiva de otros habitantes, esto se explica porque la “policía nunca te trata con respeto” y “ellos siempre entran tirando”. Desde esta lógica, la reacción de enojo y violencia que tuvo el barrio en 2016 se entiende por cómo actúa cotidianamente la policía. Para el “afuera” (la tele, la policía), en este barrio “todos somos delincuentes”: “acá nos conocemos todos, y hay gente de todo tipo. Gente que trabaja y gente que delinque. Los conocemos a todos. Pero desde afuera nos ponen en la misma bolsa” (Canal 12, Código País, 2 de junio de 2016).

Los relatos de muchas personas dan cuenta de una pretensión de reconocimiento de un mundo que se lo niega de forma constante. Cuando tienen la oportunidad –que no son muchas veces– aprovechan para que sus vidas sean visualizadas por el “afuera” y para que la identidad del barrio adquiera alguna relevancia. Los vecinos y las vecinas del Marconi también se expresaron por aquellos días. Declaran sentir temor a las represalias de las propias autoridades, y justifican la indignación del barrio porque a aquel adolescente lo mataron

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

como a “un perro”. Esa victimización escondida en los barrios populares tiene su correlato a la hora de los testimonios de los habitantes: “la policía primero te pega y después te pregunta”, “acá hay miedo por la policía” y “provocan y entran tirando balas locas”. El sentimiento de injusticia por la muerte del adolescente se combina con el orgullo de la identidad barrial. Muchos habitantes reafirman su compromiso afectivo con el barrio (“el barrio es lindo”) y su sentido de pertenencia (“somos buenas personas”). Una lucha legítima por el reconocimiento ante la pesada carga de la estigmatización (Filardo y Merklen, 2019).

También hay otras miradas, tal vez predominantes y en sintonía con las representaciones más corrientes que se hacen desde “afuera”, a las que los medios de comunicación suelen darles especial cobertura. El miedo aquí está más relacionado con los vecinos que amenazan, con el delito instalado y con las balaceras que se escuchan a cualquier hora del día. El diagnóstico se asienta en dos premisas: por una parte, la droga cambió el barrio, y por la otra es común ver cómo las madres mandan a sus hijos a robar (“como tienen planes de emergencia se quedan en la casa tomando mate”). “Quiero al barrio, antes esto era una gran familia, pero ahora no estoy de acuerdo con lo que muchos hacen [los robos, las agresiones]” (Canal 12, Cámara Testigo, 10 de junio de 2016). El dualismo entre los buenos y malos muchachos (los que salen a pedir y a robar), habilita una mirada crítica hacia la policía aunque por razones distintas a las de otros vecinos: “la policía no hace nada con los delitos en el barrio”.

Desde el punto de vista analítico, podemos identificar dos formas principales (y visibles) de manifestación de la violencia en estos territorios. Por una parte, a partir de las experiencias cotidianas y de los relatos de los habitantes, se muestra la violencia asociada con el delito, las drogas y el enfrentamiento entre grupos criminales. Con vinculación o sin ella, no hay forma de escapar a estas dinámicas, y son muchos los testimonios que hablan sobre personas atrapadas en esas confrontaciones, y que incluso pierden la vida. Muchos informantes calificados hablan de “factores de riesgo” en la producción de

estas violencias, sobre todo la precariedad socioeconómica y la lógica cultural del machismo que obliga a los varones a ejercer poder y jerarquía y a cumplir con su rol de proveedor que, en esos contextos económicos, no le dejan más opción que las redes de ilegalidad.

La violencia, el delito y el narcotráfico se instalaron en el barrio como una realidad dolorosa y difícil de modificar. Son familias vulnerables, cooptadas por las bandas, que aplican la racionalidad de la subsistencia: “si yo con esto como”. El consumo doméstico de drogas más la provisión a clientes externos hacen de estas dinámicas el corazón del funcionamiento del barrio. El tráfico cotidiano de drogas y bebidas, la delimitación de los territorios, el desplazamientos de las familias y el gran poder de penetración son los rasgos más mencionados en las miradas de los habitantes. A su vez, las personas que trabajan en instituciones educativas cuentan que en todos los centros hay familias vinculadas con el narcotráfico, y en no pocas oportunidades hubo intentos de ingresar drogas a las instituciones, lo que obliga a los que trabajan allí a estar “con los ojos bien abiertos y las orejas paradas porque en los pasillos se dicen cosas entre ellos”. También es verdad que esas instituciones casi siempre están a salvo, pues “ellos cuidan los lugares a donde se integran”.

Otros testimonios introducen matices. Si bien reconocen la presencia del narcotráfico, la emergencia de la figura del sicario (jóvenes que se involucran puntualmente y luego quedan entrampados), y las tramas de corrupción con la policía y la propia política, aseguran que hay zonas del barrio que son tranquilas, que las noches son distintas a cómo se las narra. La imagen de un barrio en el cual se escuchan disparos en las noches tiene, según esta mirada, una explicación: cuando alguien transita por la calle genera de inmediato el ladrido de los perros, lo que activa en los vecinos la vieja tradición de disparar al aire para transmitir el mensaje de que “acá no se roba”, aunque en realidad no había pasado nada y nadie tenía la intención de robar. Por otro lado, según este testimonio, la gran mayoría de las muertes violentas no son producto de guerras entre bandas para el control de los mercados, sino venganzas entre grupos familiares por

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

los motivos más variados. Si bien el origen de la violencia está vinculado con el narcotráfico, sus razones son más del orden de lo irracional que de la propia lógica de los negocios.

La otra forma de violencia se genera a partir de las respuestas del propio Estado, en especial con el despliegue de la policía. Cuando la policía está, muchas veces no mide las consecuencias de sus acciones. Pero la gran mayoría del tiempo la policía no está, demora en llegar o no da soluciones certeras para las dramáticas problemáticas. En este punto, hemos recogido algunos testimonios que hablan de la violencia del accionar militar y policial durante los años de la dictadura (1973-1984). Se recuerdan las *razzias* y los hombres que caían presos. Llevados a la Seccional 17 y a los cuarteles próximos, los retenían varios días y los dejaban sin trabajo. A la noche, en un barrio sin luz, la presencia de vehículos policiales era un signo de una violencia sistemática contra esos lugares. Otros recuerdos señalan que, en un barrio en el que se le temía a las “patotas” (que robaban y generaban violencia física), en los ochenta y en los noventa la presencia policial era muy escasa, muchas veces a través de algún efectivo que circulaba en bicicleta. Instalada con fuerza la crisis financiera, económica y social en 2002,¹⁰ y visibles los primeros pasos del narcotráfico en los territorios más vulnerables, los gobiernos de aquella época decidieron montar “operativos”: camionetas con puertas abiertas, policías de negro y con armas largas. Entre la demanda de seguridad y la producción de autoridad, así se instalaron las lógicas de gestión basada en mensajes disuasivos y represivos.

Durante los gobiernos del Frente Amplio (2005-2020), los cambios en la policía fueron muy significativos y las políticas de seguridad tuvieron que combinar muchas líneas de acción para el control de una

¹⁰ A partir del año 1999 inicia una crisis económica que se genera en el contexto regional y que tuvo, para Uruguay, su momento crítico en el año 2002 cuando se produjo un “colapso del sistema financiero”, hubo una reducción fuerte del PIB, la inflación se disparó y la moneda local se devaluó. Esta crisis tuvo un impacto fuerte en el mercado de trabajo, se produjo una alta tasa de desempleo y una gran emigración, hubo un aumento de la pobreza para todos los tramos etarios (Pellegrino y Vigorito; 2005).

criminalidad creciente. Fortalecimiento de una policía militarizada (la Guardia Republicana), innovaciones en materia de patrullaje preventivo y operativos antidroga de alto impacto marcaron la agenda de un gobierno (en especial en los últimos años) que produjo vínculos muy conflictivos entre la policía y los habitantes de los barrios más pobres.

Sin embargo, las percepciones de las personas con las que hemos conversado para esta investigación son muy ambiguas a la hora de evaluar el comportamiento policial durante estos años. Los más críticos aseguran que se ejerció “terrorismo de Estado” mediante una policía arbitraria y represiva sobre las que caen incluso sospechas de ejecuciones clandestinas. Otras voces reconocen los avances en materia formativa, la mayor presencia y algunos momentos de cooperación en los esfuerzos conjuntos para una respuesta interinstitucional a los asuntos de la violencia y el delito. Logran discriminar los niveles de heterogeneidad en los perfiles policiales, al reconocer la existencia tanto de agentes sensibilizados y empáticos, como de funcionarios que no saben trabajar desde otro lugar que no sea la represión y el desprecio. Pero, en definitiva, sostienen que todo depende del alcance de los mandatos políticos y del perfil de los comisarios que recalén en la zona.

Durante los últimos años de gobierno del Frente Amplio se llevaron a cabo los denominados “Operativos Mirador”, intervenciones estatales bajo el liderazgo de la policía, que tenían como objetivo desarticular bandas que ejercían violencia y modificar algunos de los rasgos más negativos de la trama urbana a través de demoliciones, apertura de calles, iluminación, etc. Estos operativos ocurrieron en Casavalle, Unidad Misiones y Marconi, y muchos de los habitantes los recuerdan como “necesarios”, pero al mismo tiempo violentos y erráticos (por ejemplo, se producían allanamientos donde no correspondía). También recuerdan que la situación de violencia se calmó transitoriamente, una calma que duró muy poco: los operativos de alta espectacularidad mediática producen efectos mínimos en las

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

realidades cotidianas de los barrios, al punto que las dinámicas de la violencia se recuperan al poco tiempo.

Esa ambigüedad a la hora de evaluar el papel de la policía en el barrio está presente en casi todos los testimonios. Por un lado, se admite que el patrullaje es importante. Cuando hay presencia policial, la situación del barrio se hace más segura. Por el otro, se admite que los adolescentes y jóvenes sufren violencia policial continua, que el abuso de poder es cosa de todos los días y que los vecinos no tienen garantías a la hora de denunciar. La misma institución que se demanda y necesita, es al mismo tiempo temida y mirada con profunda desconfianza.

Transcurridos los meses de pandemia y con un nuevo gobierno nacional a cargo de las políticas de seguridad, el rol de la policía se mantiene aunque con algunas incógnitas. Si para las personas que viven en un barrio con altos niveles de violencia la policía es una respuesta del Estado que va y viene, que se ve y deja de ver, ahora los periodos de ausencia son más prolongados. Operativos puntuales, barreras y obstáculos a la hora de hacer denuncias y planteos en la comisaría de la zona, escasa visibilidad del patrullaje y casi nula representación política en los espacios barriales de articulación interinstitucional marcan el tono de las percepciones de los habitantes y profesionales con los que hemos conversado en estos meses. Predomina la lacerante idea de que “hoy en día se deja hacer”. Por lo tanto, el problema es más el retiro y la ausencia que la violencia y el abuso. Al menos es así según la mirada adulta por la que hemos transitado. Esta investigación deberá abordar otras perspectivas que tal vez reflejen menos sesgos de ambigüedad, como pueden ser las voces de los y las jóvenes del barrio.

A su vez, hay otras formas de violencia que tienen manifestaciones mucho más escondidas y subterráneas. Nada de esto puede observarse a simple vista o ser un tema explícito de conversación. Hay que indagar muy a fondo para que los habitantes elaboren alguna consideración sobre las relaciones entre la policía y las bandas que operan en el barrio, asunto que algunos autores identifican como

“colusión” (Fassin, 2016; Auyero y Sobering, 2021; Ugolini, 2017). Si bien hemos podido desentrañar poco y nada sobre esto, es posible suponer que esas violencias también repercuten en los hogares y ayudan a configurar los procesos propios de la “comensalidad”. En este sentido, la violencia construye relaciones sociales en el territorio y puede ser vista como modeladora de ciertos lazos sociales entre la policía y las bandas del barrio, lazos que implican solidaridad, impunidad, ocultamiento, y que, de cierta forma, demuestran “la trama de complicidad de un grupo y descargan violencia sobre los otros” (Álvarez, 2020).

Con respecto a esto último, y asociado con el papel que juegan personas que pueden estar vinculadas al narcotráfico, esta compleja trama del tejido social nos posiciona frente a lo que muchos testimonios reconocen que los “narcos también cuidan” a la gente del barrio, en especial cuando el Estado no responde. Por ejemplo, en una recorrida conocimos a una vecina que está a cargo de la olla popular en el barrio. Allí se alimenta a 300 familias, y durante la pandemia jugó un papel central. En la entrada a la casa de la vecina, donde funciona la olla, se podía ver a dos mujeres pelando papas para comenzar a preparar el alimento que iban a entregar esa jornada. La vecina a cargo de la olla fue determinante con que la ayuda que ella brindaba iba para todos, pero que no le gustaba alimentar a los consumidores de drogas, ya que vendían el plato de comida apenas salían de ahí. Ella no les podía negar la comida, pero había que tener un control muy estricto sobre eso. Más de un relato señala que esa olla popular cuenta con el apoyo de varios narcos importantes del lugar.

En definitiva, la violencia en el barrio no está únicamente circunscripta a los que participan en las bandas narco o delinquen, sino que se expande por todo el territorio y afecta de distintas maneras a sus habitantes. Una vecina de casi 50 años habla del Marconi como “tierra de nadie”. Se trata de un lugar peligroso para estar y transitar, y prueba de ello son los jóvenes asesinados en diferentes episodios. A través del relato de otra trabajadora social del barrio, entendemos que hay familias que viven amenazadas y nos cuenta sobre una

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

madre que, cuando camina por el barrio con su hijo, lo ubica del lado de la acera y no del lado de la calle, tomando la precaución de que si sucede algo la bala le llegue a ella primero.

La vida de las y los jóvenes no solo se ve afectada por hechos de violencia, sino que además son vidas profundamente estigmatizadas.¹¹ Cuando una vecina nos cuenta que le sorprende que los y las jóvenes tengan un “mal concepto de la policía”, ya que según ella, esas ideas las absorben de lo que escuchan en la casa o los entornos familiares, de inmediato reconoce –como lo hacen tantos otros relatos– que los adolescentes y los jóvenes son quienes viven cotidianamente la agresividad de la policía a través de los cacheos, las detenciones para que muestren sus documentos, tanto en las plazas como a la entrada de las instituciones educativas. Casi siempre cuando ven a la policía salen corriendo, ya que la “policía no tiene tacto” para tratar con los jóvenes. Para los habitantes del barrio, “la ley se asocia con la policía”, es una presencia que se naturaliza y sus formas de control también, sobre todo hacia los jóvenes. Ellos también viven con miedo, a veces no pueden hablar sobre sus problemas o sus situaciones en las instituciones educativas a las que asisten, por estar directamente involucrados o por que conocen y saben de otros jóvenes que pueden ser sus amigos, o incluso familiares, que están vinculados con grupos o redes de ilegalidad.

En la primera recorrida que hicimos por la zona junto con Alejandro, vimos un grafiti pintado en una pared que decía lo siguiente: “en la vida vale todo menos mandar en cana” (delatar ante la policía). Las fronteras morales entre los habitantes y la policía tienen aquí su máxima expresión, producto de una relación histórica cargada de conflictos durante generaciones enteras. Pero las miradas

¹¹ Dadas las dificultades y demoras en nuestro trabajo de campo, no hemos podido incluir para esta investigación el relato de los más jóvenes. Estamos a la espera de la realización de dos talleres en la Escuela de Oficios Don Bosco del Marconi. Si bien ya fueron aprobados por el equipo de dirección, aún nos falta una instancia de planificación con el equipo multidisciplinario de la institución. Las aproximaciones que tenemos a las y los jóvenes son a través de relatos de personas que trabajan con ellos y ellas diariamente, que conocen sus cotidianidades y que los acompañan.

más generalizadas hablan de “tierra de nadie”, de un lugar en el que “puede pasar cualquier cosa”, entre otras razones porque “hay cierta sensación de que hoy se deja hacer”. Muy en el fondo, se alojan las sospechas sobre una policía que está en connivencia, de lo contrario no se entiende que las bocas de drogas, a la vista de todos, nunca puedan ser desarticuladas.

Cuando en un barrio como el Marconi las representaciones de la precariedad están tan arraigadas, las experiencias cotidianas de violencia tan naturalizadas y la presencia protectora del Estado tan marcada por la ambigüedad y la desconfianza, las interpretaciones y los abordajes requieren, más que nunca, de recorridos densos y cuidadosos. El horizonte de desesperanza y frustración se hace cada vez más cerrado, pues los problemas más graves siguen allí presentes luego de años de distintos ensayos de respuestas estatales. Se han probado muchas cosas, han pasado gobiernos de distinto signo, han existido mejoras urbanas y edilicias, pero la pobreza y la violencia se imponen a pesar de todo. La presencia de la policía sigue interpretándose como necesaria, aunque no está claro de qué manera lo sería. Al mismo tiempo, hay conciencia que esa presencia muchas veces es contraproducente. Aunque no haga nada, la policía siempre es una fuente de confrontación, que a muchos otros organismos del Estado les dificulta el diálogo con los vecinos.

Pero hay otros elementos que surgen con claridad de los distintos relatos: las personas piensan que la policía es incapaz de alterar las situaciones, entre otros motivos porque se cree que el narco tiene más poder que ella. Como los grupos criminales tienen permanencia, arraigan en relaciones familiares o de vecinazgo, y por eso mismo pueden desplegar también protección y ayuda (“el narco me cuida”), la presencia errática de las fuerzas del orden (aunque muchas veces irrumpen con violencia espectacularizante) es valorada con escepticismo. Los momentos de calma y paz en el barrio no los impone la policía, sino las lógicas de funcionamiento de los poderes ilegales.

Durante los primeros días de agosto de 2022, muchos habitantes del Marconi se movilizaron por las calles luego de que dos jóvenes

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

fueran asesinados por el fuego cruzado entre bandas. Un testimonio sintetiza la situación: “¿sabés qué hacen los niños, niñas y adolescentes de mi barrio cuando escuchan un disparo? Cuerpo a tierra. No estamos en una guerra, pero vivimos como en una”. Las manifestaciones son en reclamo de justicia y para que dejen de tratarlos como “ciudadanos de segunda”. Son voces que se alzan por la ausencia del Estado y por una policía que nunca está. Cuando la sangre llega al río y la policía aparece, “ellos pasan, ven las situaciones y no hacen nada, no se animan a meterse adentro de un pasaje”. La conciencia de desprotección también tiene una reivindicación de clase: “del otro lado de avenida Italia no hay balaceras, pero está toda la policía protegiéndolos; de este lado, que están las balaceras, no está la policía”.

La demanda de policía se configura como un elemento central en esta coyuntura. Pero lo hace sobre la base de un sustrato ambiguo, casi desesperado. Un reclamo enquistado en los sentimientos sociales de un barrio cada día más gobernado por la impotencia.

Espacios, representaciones, subjetividades y emociones

A partir de estos meses de prolongado trabajo de campo en el barrio, si tuviéramos que identificar y definir las formas en que el Estado a través de la policía se hace presente y de qué manera se relaciona con la población, no podríamos hacerlo de un único modo. En nuestras recorridas por la zona nunca vimos patrullaje, los espacios públicos –por ejemplo, las plazas– la mayoría de las veces estaban vacíos y solo en contadas ocasiones había niños o niñas jugando o realizando allí alguna actividad a través de alguna institución del barrio. Con respecto a esto, es menester señalar que, y como ya lo mencionamos, en estos últimos meses la situación de violencia en el barrio se ha agravado y se han sucedido varios homicidios de jóvenes en horarios bastante distintos a la franja que habitualmente se toma como límite para la circulación más o menos segura (las 18 horas), lo que ha afectado la dinámica barrial y, por ende, nuestras idas al terreno.

Para poder comprender las emociones, subjetividades y representaciones de los y las habitantes del Marconi con respecto a la policía, debemos situarnos con una mirada histórica, ya que, como vimos anteriormente, las fuerzas del orden han tenido en este territorio un posicionamiento, despliegue, accionar y control de los espacios bajo formas que han ido variando a lo largo del tiempo.

Por ende, no podemos comprender cómo son las interacciones de la policía con las y los habitantes centrándonos únicamente en el momento en que ocurren hechos que hacen que su presencia sea necesaria, dado que las relaciones y lazos que se generan entre las fuerzas del orden y las personas de la zona responden a diferentes tensiones y dinámicas a las que ambas se enfrentan desde distintos lugares de poder y teniendo en cuenta variadas relaciones de dominación que se hacen presente (Fassin, 2016). Con respecto a esto último, podemos ejemplificar con un caso de violencia de género que nos fue narrado por una trabajadora del barrio: una mujer víctima de violencia fue a denunciar a la Comisaría 17 –la que corresponde a la zona–, pero como el marido era policía y conocía al comisario, en vez de tomarle la denuncia, llamaron al marido y este la fue a buscar. La situación generó que personas de distintas instituciones, sobre todo educativas, que trabajan con adolescentes, niños y niñas y que saben que son víctimas de violencia doméstica o intrafamiliar busquen canales alternativos para establecer denuncias, ya que no hay garantías para realizarlas ante las unidades policiales.

Esto nos interpela en el sentido de que no se nos hace fácil distinguir cuáles son los espacios del barrio donde las personas que lo habitan o que trabajan en él se sienten más seguras o protegidas, y si realmente la presencia y el accionar policial les otorga “seguridad” o “protección”. Un aspecto que podemos comprender del territorio es que la policía tiene un actuar y una forma de intervenir de maneras intermitentes, y a veces contradictorias: un hecho puede provocar un despliegue policial masivo, con formas violentas de accionar, mientras que, al día siguiente, puede pasar que haya una ausencia

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

total de presencia policial, como también se ha registrado en otros trabajos etnográficos (Auyero y Sobering, 2021; Fassin, 2016).

El sentimiento de desprotección está presente permanentemente en la vida de las y los habitantes y trabajadores del Marconi. Tal como comentaba una trabajadora de una institución educativa, cuando “el ambiente está caldeado” una se da cuenta porque “el aire se corta solo”, y desde allí las organizaciones sociales e instituciones educativas saben que van a tener una jornada difícil y que lo importante es que quienes asisten a ellas no estén expuestos. Pero no están exentos de quedar en medio de enfrentamientos y recibir disparos como daño colateral. En el medio de situaciones extremas, esas instituciones ofician como lugares de refugio o de protección, y tal vez sean de los más importantes, ya que las y los jóvenes y los niños y niñas reciben atención, cuidado, educación, alimentación y recreación. En su relato, esta misma trabajadora nos comparte que, al mismo tiempo que habían planificado un paseo, que implicaba una ida en ómnibus por el día a ver ballenas en Punta del Este con los jóvenes que asisten a la institución, la policía estaba realizando allanamientos en las casas y una joven antes de subirse al ómnibus pedía que llamaran a la casa para avisar que eso podía ocurrir y alertar a sus padres.

Con respecto a esto último, no podemos identificar a los hogares como lugares predominantemente seguros. En algunas conversaciones con distintas personas del barrio, sus relatos nos dan la pauta de que las complejidades de los hogares son diversas y que muchas veces la violencia del delito y las drogas golpea fuerte en el espacio “privado”. Las instituciones educativas son las que tratan de estar al tanto de las dificultades y complejidades de las cotidianidades de las familias, pero muchas veces esas madres o padres no pueden hablar de algunas cosas que pasan en sus hogares o que están vinculadas a sus núcleos familiares. A veces por miedo, a veces porque sus propios familiares, o incluso ellos mismos, pueden estar involucrados.

Los espacios, tanto los “públicos” como los “privados”, están insertos en las dinámicas de la violencia que se configuran en el barrio. Según algunos relatos formales e informales con personas de la

zona, pudimos comprender que esto es factible por la existencia de ciertos “soportes políticos” (Auyero y Sobering, 2021). Esto fue discutido por otros autores en barrios donde ocurrían dinámicas similares, y coincide con lo que nos señalan algunos contactos cuando expresan la sensación de un “dejar hacer” en el barrio. Lo cual nos pone de nuevo frente a la sospecha de la “comensalidad” y al hecho de que el sufrimiento social en el que vive la mayoría de las personas del barrio es muy difícil de cortar.

A partir de las realidades que muchas mujeres viven diariamente y la precariedad de sus formas de subsistencia, en el barrio se creó *La Reda*, un lugar que busca dar herramientas a las mujeres para que puedan ellas mismas emanciparse a través del aprendizaje de oficios y salgan de la dinámica del “narcomenudeo”, como nos señala la creadora del espacio. Esto provee de recursos a algunas mujeres que están ávidas de aprender, que tienen el anhelo de independizarse de esas dinámicas o de otras jerarquías familiares en torno a quién provee “el pan a la mesa”. Estos espacios son, de cierta manera, lugares de resguardo, de realización personal, de solidaridad, y de mostrar que esas expectativas de un futuro distinto también pueden existir.

Volviendo a la descripción del barrio, que señalamos anteriormente, según el relato de una vecina (“tierra de nadie”), tenemos representaciones que involucran varios aspectos sobre el transitar en el barrio, el estar en espacios públicos y el sentirse seguros o seguras. Muchos de los habitantes del Marconi que se encuentran al margen de enfrentamientos entre las bandas, del consumo de drogas o de hechos delictivos, sienten que han perdido el “control” de los espacios de convivencia y circulación. Varios habitantes nos han comentado que en el barrio, luego de las 18 horas, no se puede transitar de forma segura y que “las noches están complicadas”, que las plazas son ocupadas por los consumidores y que no se puede transitar con tranquilidad.

Los y las habitantes del barrio viven con miedo, con angustia. El relato de una vecina al contar cómo vivió los hechos sucedidos en mayo de 2016, cuando tuvo que ir a buscar a su hijo a la escuela y

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

salir corriendo para llevarlo a su casa, al mismo tiempo que estaba la policía enfrentándose con las bandas, mientras que las y los pobladores del barrio empezaron a correr para zafar de esa situación, nos lo transmite con vívida angustia. Porque así como ella, muchos son los padres y las madres que no quieren esa realidad para sus hijos y que intentan aislarlos de la influencia de esas dinámicas. En algún momento de su relato, esta vecina nos planteó, con la misma angustia, que muchas veces ha pensado en mudarse a otro barrio, aunque eso para ella no sea viable.

Consideramos que lo que piensa esta vecina puede ser compartido por otros padres y otras madres, cuya preocupación es que sus hijos no terminen absorbidos por esas dinámicas de consumo, de pertenencia a grupos o delictivas. Sobre qué piensan los y las jóvenes aún nos falta llegar a sus perspectivas, ya que hemos tenido una gran dificultad para poder ingresar a sus mundos de vida y sus percepciones. Retomando lo planteado por la vecina, el sentimiento es que no puede esconder a su hijo de la realidad del barrio, pero sí puede generar ciertas estrategias de cuidado y de precaución, sobre todo en torno a las salidas recreativas y los vínculos que establece con otros jóvenes que ella no conoce.

Según algunas recorridas que hicimos por la zona, los lugares de recreación y ocio para jóvenes son pocos. Hay específicamente un sitio que pudimos identificar que es frecuentado por algunos jóvenes, sobre todo de noche, ya que funciona como lugarailable. Está gerenciado por la esposa de uno de los cabecillas narco más conocido en el barrio, y los y las jóvenes saben que ahí pueden ir a buscar cosas para el consumo propio, ya sea alcohol o droga, y es un espacio donde no se siente la presión del control policial.

No sucede lo mismo si hay jóvenes en una plaza. Así estén conversando o socializando, si pasa por allí la policía la reacción de los jóvenes será la de correr o esconderse, mientras que la reacción de la policía será la del hostigamiento o de “darles palo”. Por ende, no debería sorprender que los adolescentes y jóvenes de estos barrios tengan una mirada muy negativa sobre la policía.

En distintas conversaciones con personas del Marconi pudimos comprender la desazón, la tristeza, la angustia y, a veces, hasta la rabia por las situaciones que está viviendo el barrio y por ser las infancias/niñeces y juventudes las principales afectadas con estas dinámicas. Las organizaciones locales se han planteado permanentemente la realidad de desamparo en que quedan esos jóvenes, pero sobre todo los niños y niñas del barrio en los meses en los que no hay escuelas, dado que tienen que volver a estar todo el día en sus casas, con realidades complejas y con carencias alimenticias muy grandes.

Esto nos ubica nuevamente en la preocupación generalizada a la hora de considerar al barrio como “tierra de nadie” y como un lugar “donde puede pasar cualquier cosa, a cualquier hora”. El problema aquí es que los habitantes no identifican a la policía como una fuerza real que genera seguridad. Esta visión del barrio nos hace pensar en el eslogan utilizado por el movimiento *punk* que hacía alusión al “no futuro”. Si bien no podemos decir que hay algún tipo de cultura establecida como propia “de las calles”, este eslogan ilumina los sentimientos más arraigados de las personas con las que hemos conversado.

De las instancias que hemos podido participar con distintas personas de la zona, todas han compartido su registro emocional de lo que sucede en el barrio. Cuando buscamos comprender ese registro con respecto a la policía, en algunas personas es muy ambiguo. Con respecto a los jóvenes no tenemos sus representaciones de primera mano, pero sabemos, según otras personas que trabajan con ellos y ellas, que sus representaciones en torno a las fuerzas del orden no son positivas.

Consideramos que sería bueno poder continuar con el trabajo de campo hasta lograr desentrañar algunas percepciones, representaciones y emociones. Pero queremos dejar planteado y problematizado en este análisis que, para nosotros, las prácticas cotidianas del Estado en este territorio al margen del margen son ambivalentes. Esa ambivalencia es la que también moldea emociones y representaciones de las personas del barrio, y alcanza no solo al problema

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

de la presencia o ausencia de la policía (además de la histórica intervención intrusiva y agresiva), sino que además involucra al actual repliegue en torno al cuidado, la protección, el acompañamiento y a las miles de demandas que tiene el territorio y que no saben cómo canalizar. Solo queda como barrera de contención el trabajo cotidiano de las organizaciones locales, las que además son las que realizan una especie de contralor con respecto a la presencia policial en la zona, es decir, las que registran si ella es excesiva y violenta para con las y los jóvenes, si es abrupta y agresiva en los hogares, si es corrupta e impune con las denuncias, o si guarda vínculos silenciosos con las redes de ilegalidad.

Hay formas de actuar y de estar de la policía en el territorio que, por más que no sean inteligibles a simple vista, no dejan de coexistir. Así sean más tenues, o incluso pensemos que no existen, hay niveles subterráneos de la presencia policial que se adivinan en los silencios o en las entrelíneas de los relatos de las personas con quienes tuvimos la oportunidad de conversar en todo este tiempo.

Conclusiones

Llevar a cabo esta investigación en el barrio Marconi de Montevideo constituyó un auténtico desafío. Ingresamos al campo en un momento de relativa tranquilidad, cuando la pandemia comenzó a dar un respiro, pero a los pocos meses la situación cambió. Redactamos este informe bajo el influjo de un conjunto de episodios violentos que han impactado hondamente al barrio y a nuestros interlocutores. La memoria de hechos traumáticos, en especial los que ocurrieron en mayo de 2016¹² cuando la policía abatió a un adolescente en las calles del barrio, tuvieron una reactualización. En estas circunstancias, nuestro recorrido tuvo avances y retrocesos, ritmos cambiantes y

¹² Ver <https://www.subrayado.com.uy/padres-joven-del-marconi-afirman-que-su-hijo-lo-mataron-como-un-perro-n56633>

escollos de importancia. Al inicio, el ingreso al campo estuvo demorado, y con paciencia y persistencia logramos asentar una relación de confianza con varios referentes del barrio. Luego, el trabajo tuvo momentos de avances significativos, pero también pausas que nos permitieron afinar algunas estrategias. Hoy podemos asegurar que esta etnografía está muy lejos de terminarse. Lo que hemos transitado no agota las necesidades de investigación. De hecho, hay tareas pendientes y agendadas para los meses siguientes: talleres con adolescentes y con vecinos, observaciones sistemáticas en otros espacios concretos, encuentros con nuevos referentes, e incluso evaluamos la posibilidad de incorporar de forma directa el punto de vista de la policía en el barrio.

El Marconi tiene una trama social propia, una red institucional que depende mucho de otras redes de proximidad y escasa musculatura para habilitar formas de protesta y resistencia. Tal vez su gran debilidad –la honda estigmatización del barrio– adquiera momentos de fortaleza. Se ha construido una representación como lugar violento e inaccesible, que ha atraído la atención y algunos esfuerzos adicionales para acciones de respuesta. De hecho, nuestra propia elección del espacio de trabajo partió de este estigma y procuró avanzar bajo la intención de no reproducirlo. Esa dimensión visible que esconde una realidad lacerante y compleja es la que le otorga sentido a la decisión metodológica de llevar a cabo un trabajo etnográfico en el barrio.

Recuperar, comprender y transmitir lo que las personas piensan y sienten sobre la policía ha sido el propósito central de esta investigación. Y en el nivel de claridad que hemos obtenido hasta el momento, podemos afirmar que la policía ocupa un lugar singularmente ambiguo para los habitantes del Marconi. Hemos observado una tensión entre los altos niveles de violencia imperante y las demandas de protección que establece a la policía como una necesidad. La aplicación de la ley, incluso las silenciosas justificaciones de ciertas prácticas excedentarias, aparece como un reclamo profundo por parte de los habitantes. Sin embargo, esa tensión opera en una

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

historicidad asentada en la violencia, los abusos, la falta de respeto, la ausencia o, lisa y llanamente, la complicidad. Las experiencias de precariedad e injusticia hacen que las miradas sobre la policía estén muy lejos de ser unidireccionales, lo que establece un singular encuadre de interacciones en el barrio. La justicia, la protección, la vigilancia, la participación y el diálogo conviven con la desconfianza, la lejanía o el rechazo que se materializa en las constantes apedreadas a los patrulleros.

Estas formas de relacionamiento se han sostenido a lo largo del tiempo. A pesar de las distintas modalidades de gestión policial, con sus variadas combinaciones y ejecuciones, la naturaleza de los vínculos se ha mantenido inalterada: el barrio ha tenido *razzias*, patrullaje en bicicleta, intervenciones con cuerpos militarizados, policía comunitaria, acciones focalizadas (como el Programa de Alta Dedicación Operativa, PADO),¹³ agentes encubiertos y los servicios administrativos policiales más convencionales. Se puede trazar una historia completa de estas idas y venidas, tanto desde los requerimientos de las políticas de seguridad como desde los relatos de los habitantes, y, sin embargo, advertir que el horizonte de pobreza, precariedad, inestabilidad y violencia no se ha movido. El núcleo de la vida cotidiana del barrio permanece intacto.

La policía controla, vigila y castiga, pero no estabiliza, ni restaura, ni sutura. Aquello que se señala sobre la policía, que oscila entre la estigmatización criminalizante y la protección, tiene su correspondencia simbólica en las miradas de los habitantes. Esa sincronía entre lo que la institución hace y lo que se reclama socialmente que haga modela todo el marco de relaciones y expectativas sociales en los barrios más vulnerables. La policía produce una realidad en esos

¹³ El PADO comenzó a funcionar en 2016 y consistió en el patrullaje disuasivo a partir de la definición de los puntos calientes (primero en Montevideo y el área metropolitana, luego en otras áreas del país). Con base en funcionarios de distintas reparticiones policiales y con dedicación exclusiva (y cobro de una partida extra), este programa osciló entre la definición preventiva y la concreción más represiva en los espacios marcados por la precariedad socioeconómica.

territorios, pero también se adapta a una lógica de demandas y reacciones sociales. Esas iniciativas y esas demandas tienden a una convergencia estructural que configura el orden social de la precariedad. Más allá de las oscilaciones en términos de modelos de gestión, la policía no suele cambiar su matriz de actuación. Y a su vez, más allá de la variedad de voces, las disposiciones subjetivas de los habitantes no logran salirse del eje protección-rechazo. ¿Cómo puede hacer la policía para reconfigurar relaciones de confianza? ¿Cómo se hace desde la perspectiva local para asignarle un lugar relevante a la policía junto con otros actores que ejecuten un libreto de naturaleza preventiva? Aquí tenemos dos asuntos decisivos para una nueva discusión sobre políticas públicas de seguridad.

Pero esta correspondencia no es la única línea de análisis. La policía no solo gira en torno a las demandas. También opera en zonas de excesos: la violencia, el abuso, la humillación y el ejercicio arbitrario de la autoridad se descargan sobre los habitantes más jóvenes que saben muy bien que “la policía te maltrata en la calle pero te golpea en la comisaría o los patrulleros”. A lo largo de la investigación, estas formas de violencia han sido narradas por otros, ya que se asume que quienes la sufren se mantendrán en silencio (“los muchachos nunca les van a hablar de eso”). Mucho más en silencio y escondidas están las relaciones de colusión y corrupción. Los habitantes no se explican cómo es posible que nadie intervenga sobre los negocios prohibidos que operan a la luz del día y por qué las bandas nunca terminan de ser desarticuladas. Muchos habitantes reflexionan sobre los fuertes intereses de los actores para que las cosas sigan tal cual están. Entre el fatalismo y el silencio, la realidad del barrio se reproduce. El silencio está por todas partes. El silencio es el protagonista más presente. En instancias sucesivas, ¿podrá esta etnografía romper algunos de esos cercos?

A pesar de las adversidades, hemos detectado una trama social importante, unas instituciones activas y muchos esfuerzos de reflexividad. Pero también es verdad que se percibe un alto nivel de agotamiento y escepticismo. Por otra parte, es posible suponer (asunto

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

que exploraremos más adelante) que el mundo de la vida de muchos adolescentes y jóvenes aparece desarticulado, incierto o absorbido por las lógicas territoriales más perversas. Es en estos pliegues de la realidad en donde más se puede evaluar la ausencia, la ineficacia o la defección de las instituciones estatales. Así como Marconi es el margen dentro del margen, sus formas de precariedad también se constituyen de equilibrios precarios.

Por último, queremos consignar una reflexión. En esta primera aproximación con habitantes, referentes, profesionales y funcionarios (sobre todo de los gobiernos locales), ha quedado al descubierto la incidencia de las representaciones político-ideológicas. Estos territorios vulnerables no pueden ser comprendidos sin estos anclajes. Las dinámicas sociales también están modeladas por las disputas políticas e ideológicas. Los intereses políticos han estado desde la conformación de estos barrios, y lo seguirán estando, al punto de que las cooptaciones clientelares –tan relevantes para el análisis político de hace unas décadas atrás– se ha reconfigurado de forma sustantiva. Hablamos de la política que se hace desde el Estado, pero también de las organizaciones partidarias. Aunque se cancelen o disimulen, los conflictos, las luchas interpretativas o las representaciones del mundo quedan atrapadas por estos elementos condicionantes. En conversaciones y entrevistas, el esfuerzo hermenéutico que hemos realizado en esta etnografía ha consistido en ubicar el contenido y los tonos de los relatos dentro de esquemas de sentido más generales.

En efecto, hemos identificado un discurso de raíz comunitaria y de fuerte crítica al funcionamiento de todos los niveles del Estado (aunque sin llegar a un rechazo abierto de la policía como necesidad). A su vez, aunque minoritario, la crítica al Estado desde el propio Estado se ha manifestado en la revisión de una forma histórica de intervención sobre los barrios más vulnerables a partir de la violencia institucional y la absoluta falta de respeto hacia las opiniones y sentimiento de los habitantes. Por último, hay discursos más habituales que se instalan en un lugar de distancia institucional o de una ambigüedad que oscila entre la necesidad y la crítica (o una crítica que se

regula dependiendo de quién gobierne). Es evidente que todavía no hemos podido acceder a representaciones más cerradas de rechazo o de confrontación, tal vez menos afincadas en elaboraciones ideológicas y más expuestas a las experiencias de un mundo de la vida pautado por la dura sobrevivencia. Para echar luz sobre este y otros asuntos, esta investigación etnográfica deberá continuar su camino.

Bibliografía

Álvarez, Santiago (enero-diciembre de 2020). La violencia como constructora de relaciones sociales: una comparación de prácticas de comensalidad y terror entre Argentina y Colombia. *Revista Dikaiosyne* (Mérida: Universidad de los Andes), (35).

Antillano, Andrés (2018). Tan lejos y tan cerca: desigualdad y violencia en Venezuela. En G. Tenenbaum y N. Viscardi (comps.), *Juventudes y violencias en América Latina. Sobre los dispositivos de coacción en el siglo XXI*, Montevideo: Universidad de la República, Comisión Sectorial de Investigación Científica.

Auyero, Javier et al. (2015). *Violence at the Urban Margins*. Nueva York: Oxford University Press.

Auyero, Javier y Berti, María F. (2013). *La violencia en los márgenes*. Buenos Aires: Katz.

Auyero, Javier y Sobering, Katherine (2021). *Entre narcos y Policías. Las relaciones clandestinas entre el Estado y el delito, y su impacto violento en la vida de las personas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

Bayley, David (2010). *Modelos de actividad policial. Un análisis comparativo*. Buenos Aires: Prometeo.

Berger, Peter y Luckmann, Thomas (1995). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Bourdieu, Pierre (2015). *On the State. Lectures at the College de France, 1989-1992*. Cambridge: Polity Press.

Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc (2008). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourgois, Philippe (2010). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Brinks, Daniel (2008). *The Judicial Response to Police Killings in Latin America. Inequality and the Rule of Law*. Cambridge: Cambridge University Press.

Brysk, Alison. (2012). National Insecurity and the Citizenship Gap. En M. Sznajder, C. Forment y L. Roniger (eds.), *Shifting Frontiers of Citizenship. The Latin American Experience* (pp. 459-474). Boston: Brill.

Cruz, José Miguel (2016). State and Criminal Violence en Latin America. *Crime, Law and Social Change*, 66(4), 375-396.

Durán Martínez, Angélica (2018). *The Politics of Drug Violence. Criminals, Cops, and Politicians in Colombia and México*. Nueva York: Oxford University Press.

Fassin, Didier (2016). *La fuerza del orden. Una etnografía del accionar policial en las periferias urbanas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Fassin, Didier (2018). *Castigar*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Filardo, Verónica y Merklen, Denis (2019). *Detrás de la línea de la pobreza. La vida en los barrios populares de Montevideo*. Buenos Aires: Pomaire/Gorla.

Foucault, Michel (2016). *La sociedad punitiva*. Buenos Aires: FCE.

Frederic, Sabina et al. (2013). *De armas llevar. Estudios socioantropológicos sobre los quehaceres de policías y fuerzas de seguridad*. La Plata: Ed. UNLP-EPC.

Garland, David (2007). *Crimen y castigo en la modernidad tardía*. Bogotá: Siglo del Hombre/Universidad de los Andes.

Garriga Zucal, José (2016). *El verdadero policía y sus sinsabores. Esbozos para una interpretación de la violencia policial*. La Plata: Ed. UNLP-EPC.

Geertz, Clifford (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

Glanc, Laura y Glanc, Pablo (2013). La paradoja de la seguridad en la ciudad de Buenos Aires. ¿Proteger a las amenazas urbanas de los garantes de la seguridad? En S. Frederic et al., *De armas llevar. Estudios socioantropológicos sobre los quehaceres de policías y fuerzas de seguridad*. La Plata: Ed. UNLP-EPC.

Goldstein, Daniel (2012). *Outlawed. Between Security and Rights in a Bolivian City*. Durham: Duke University Press.

Guber, Rosana (2011). *La Etnografía. Método. Campo y Reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Isla, Alejandro y Míguez, Daniel (2010). *Entre la inseguridad y el temor. Instantáneas de la sociedad actual*. Buenos Aires: Paidós.

Kapuscinski, Ryszard (2002). *Los cínicos no sirven para este oficio. Sobre el buen periodismo*. Barcelona: Anagrama.

Rafael Paternain y Luciana Scaraffuni

Marradi, Alberto; Archenti, Nelida y Piovani, Juan I. (2018). *Manual de Metodología de las Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Melotto, Mariano (2013). Aprender a desear lo posible. La construcción de la vocación y el espíritu de cuerpo en escuelas de formación básica policial. En S. Frederic et al., *De armas llevar. Estudios socioantropológicos sobre los quehaceres de policías y fuerzas de seguridad*. La Plata: Ed. UNLP-EPC.

Mosteiro, Mariana, et. al (2016). *Adolescentes, jóvenes y violencia policial en Montevideo. Una aproximación descriptiva*. Montevideo: IELSUR/Serpaj/UDELAR-FCS-FCEyA.

Paternain, Rafael (2012). La hegemonía conservadora en el campo de la seguridad. Una interpretación del caso uruguayo. *Crítica Contemporánea. Revista de Teoría Política* (Montevideo), (2).

Pellegrino, Adela y Vigorito, Andrea (2005). La emigración uruguaya durante la crisis de 2002. Montevideo: UDELAR, Instituto de Economía. <https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/20.500.12008/4300/5/dt-03-05.pdf>

Penglase, Benjamín (2014). *Living wiht Insecurity in a Brazilian Favela. Urban Violence and Daily Life*. New Brunswick: Rutgers University Press.

PNUD (2014). *Informe regional de desarrollo humano. 2013-2014. Seguridad ciudadana con rostro humano: diagnóstico y propuestas para América Latina*. Panamá: PNUD.

Pratt, John (2007). *Penal populism*. Abingdon: Routledge.

Reiner, Robert (2010). *La política de la Policía*. Buenos Aires: Prometeo.

Sain, Marcelo (2017). *Por qué preferimos no ver la inseguridad (aunque digamos lo contrario)*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Shearing, Clifford y Wood, Jennifer (2011). *Pensar la seguridad*. Barcelona: Gedisa.

Simon, Jonathan (2011). *Gobernar a través del delito*. Barcelona: Gedisa.

Sozzo, Máximo (comp.) (2016). *Postneoliberalismo y penalidad en América del Sur*. Buenos Aires: CLACSO.

Ugolini, Agustina (2017). *Legítimos policías. Etnografía de lo ilegal entre policías de la provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia.

Vales, Sofía (2018). *¿Apagar con fuego un incendio? Representaciones de la violencia social e institucional en la periferia montevideana* [Tesis de Licenciatura inédita]. Montevideo, Universidad de la República.

Wacquant, Loïc (2008). *Urban Outcasts: A Comparative Sociology of Advanced Marginality*. Cambridge: Polity.

Wacquant, Loïc (2010). *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona: Gedisa.

Wolin, Sheldon (diciembre de 1969). Political theory as a vocation. *The American Political Science Review*, 63(4), 1062-1082.